

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
INSTITUT DE DRETS I CIÈNCIES SOCIALS



NO SON GENTE COME UNO

de la sèrie "El món és un país gran"



# No son gente como uno

**Sylvia Aguilar Zéleny**

*These are the soul cages.*  
Sting

## Todos queremos ver a Olga

Los libros de texto los entregan siempre a finales de septiembre, eso es lo normal, ya lo sabemos; se puede decir que tenemos cinco años de experiencia. Pero este año, en lugar de gozar tantos días sin libros estamos desesperadas porque lleguen. Todo está ahí. Sabemos, de buena fuente, que la verdad de las cosas está ahí, en las páginas del libro de Ciencias Naturales de 5to. Grado. Finalmente el secreto nos será develado. Los cuerpos de los niños y de las niñas, el desarrollo, de dónde vienen los bebés. Todo.

Susana, Pilar y yo estamos impacientes. Tenemos tantas preguntas y lo más parecido a las respuestas, lo más parecido a saber, es lo que experimentamos en el centro comercial. Mientras las mamás nos buscan corpiños de algodón, nosotras miramos sorprendidas la ropa interior de mujeres. La verdad, lo más cercano a la verdad, cuelga de todas esas copas y tirantes. Hay respuestas pequeñas, medianas y grandes, respuestas copa A, B, C y hasta D. Tratamos de encontrarle sentido a las pantaletas pequeñas que lleva puestas un maniquí sin rodillas. Cerramos los ojos y acariciamos sedas y encajes, esperando que nos digan algo. Lo que sea. Algo. Lo que sea.

En mi casa también busco respuestas. Me quito la ropa y me miro al espejo. Mi panza, mis minúsculos pechos, me giro para verme por atrás, me agacho un poco para verme por delante. Miro y miro sin falta a diario. Todo sigue igual.

Me pregunto si yo seré copa A, B, C o D en el futuro. Me horroriza tanto ser A como D. Todos me verán, ¿es niño o es vaca lechera?, dirán según sea el caso. Y yo no podré decir nada. Como pollo, pues mamá dice que es bueno para que el pecho crezca, pero me da miedo dormir boca abajo pues dice Pilar que así te crece descomunadamente. Anhele y temo. Todo el tiempo.

Durante el recreo, Pilar suelta la noticia mientras revuelve los dos sabores de su duvalín:

— Mi mamá va a tener un bebé.

— ¡¿Un bebé?! Le decimos Susana y yo mientras nos asqueamos un poco de su dedo café y blanco.

Sí, un bebé. Un bebé, pensaba yo una y otra vez mientras me acababa con mi cucharita blanca primero el chocolate y luego el sabor avellana.

— ¿Y cómo... ¿cuándo...?, ni siquiera sé qué preguntar.

Llego a casa decidida. Le preguntaré todo a Elena cuando lave los trastes, a esa hora mis papás siempre duermen su siesta y mi hermana nunca está. Elena andará de aquí a allá limpie y limpie la cocina. Ella debe saber algo pues tiene como 19 años.

Pero todo sale mal, Elena es de plano tonta o algo me esconde, pues no me dijo nada interesante. Aunque bueno, tampoco me salió con eso de que los bebés vienen de París. Quizás en su pueblo no hay escuela, por lo tanto no tuvo un libro de ciencias de 5to. Grado que le resolviera sus dudas. Elena no es la solución. Elena no sabe nada. Pobre Elena.

Se acerca el fin de septiembre y de los libros nada. Ni sus luces. De nuevo, en el recreo es Susana ahora quien suelta otra noticia:

— Anoche vi el programa de Olga Breeskin.

— ¡¿Quééééé?! Pilar y yo nos sacamos las Tutsis de la boca y la dejamos así por largo rato. Ninguna se anima a preguntar nada.

— Y se le ve casi todo, usa unos trajecitos brillosos de tirantes, así como brassiere, y unas zapatillotas plateadas. Se le ve casi todo. Se pone a tocar el violín y avienta la cadera a la derecha, la enorme cadera. Se le ve casi todo.

— ¿Se le ve casi todo?, repetimos nosotras como lelas. Luego Pilar, que no sabe perder, agrega:

— Pues yo una vez en Las Vegas vi a las cirqueras y se visten igual, de brillitos y tirantitos y luego por atrás se les ve todo.

— ¿Las pompis? Le digo yo.

— Las nalgas, di Nalgas. Sole, eres una ñoña.

Pilar es la mayor de todas, ella dice sin pena alguna: nalgas, chichis y que los calzones huelen a queso.

Nalgas es demasiada palabra para mí. Pero la imagen se me quedó grabada el resto del día. Esa tarde, jugamos a las cirqueras. Nos amarramos los corpiños a la cintura, nos metimos el calzón por atrás justo por el centro y bailamos toda la tarde canciones de mis discos de Enrique y Ana y de Donna Summer.

— Mi hermana dice que así bailan en las discos, les digo mientras me voy agachando hasta el piso sacudiéndome toda.

Después, Susana agarra un cepillo y se lo pone entre hombro y barbilla como si fuera un violín. Nos muestra cómo lo tocaba Olga en la tele.

Olga Breeskin. El programa nocturno. A nosotras no nos lo dejan ver pero Susana ya lo había visto. Yo no. Pero quería. Quiero. Sé que algo se esconde en el canal 2 por la noche. Sospecho que viendo el programa lo entenderé todo, la respuesta, la GRAN respuesta a todas mis dudas la tenía Olga Breeskin y el ballet de Milton Gio. Su forma de bailar, sus trajecitos, sus medias de red. Yo, yo quería ver a Olga.

Bailamos hasta el cansancio. Todas se quedaron a dormir en casa. Mi hermana nos hizo sandwiches de jamón y queso y nos dejó dormir con la luz prendida. Yo no pude dormir. La imagen de Olga Breeskin, de los brassieres copa D y de los calzoncillos del hermano de Pilar —que había llevado a escondidas para mostrarnos— me daban vueltas en la cabeza.

Sentía mariposas en el estómago... cosquillas... algo raro abajo del ombligo.

— Me besé con mi primo, anuncia durante los honores a la bandera, Pilar.

— ¿Con tu primo?, le pregunto.

— ¿Y a qué te supo? agrega Susana.

— A nada, a babas, a qué más. Pilar lleva siempre la delantera, la odio, de veras que a veces la odio. Además dos leves piquitos ya asoman en su pecho mientras Susana y yo seguimos más planas que la cancha de básquet.

¿Cómo será besarse? Me pregunto camino a casa, mientras mi hermana conduce. Siempre trae un salero en la guantera para echarle a las tortillas que compramos para la comida. Nos acabamos como ocho entre las dos. Hoy no he comido más que una. Estoy realmente ansiosa. La vida parece pasarme de lado y yo ni en cuenta. Es como estar abajo del carrusel de caballitos en el parque infantil mientras todos se pasean y tú no. No saber es tanto como no ser. O algo así.

— ¿Qué te pasa calabaza? —Me dice Estela—. Vienes muy silenciosa, mira no has agarrado ninguna tortilla.

— Nada. —Le contesté haciéndome un taquito de sal para despistarla.

Después de comer, me voy a ver la tele. Mi hermana se va a su cuarto. No sé por qué decido espiarla desde la ranura de la puerta. Abre su clóset y escoge una blusa y una falda, luego de debajo de la cama saca una maletita, de ella toma un juego de ropa interior. ¿Por qué lo tiene ahí? ¿Es de algodón? Se quita la ropa y se cambia sin dejar de sonreír frente al espejo. Mi hermana es por lo menos, copa B.

— ¿Cuántos años tiene tu hermana? Me escribe en un papelito Pilar.

— dieciocho, le contesto.

— ¿Tiene novio?

— Sí.

— ¿Y se besan? ¿Con **lengua** y todo? Me escribe retachando especialmente la palabra lengua.

¿Cómo que con lengua? Me pregunto yo. Simplemente no concibo la idea de que alguien se bese con la lengua. ¿Cómo será eso? Cada uno saca su lengua como víboras o qué. Pero no me atrevo a preguntar. Con letra muy clara y sabia le escribo en el mismo papel:

— Sí, con lengua y **todo**. Retacho especialmente el todo.

Es definitivo. Me siento una ñoña, la ñoñísima del mundo. Todos, todos saben cosas, la verdad, el secreto, saben de besos, de abrazos, de lenguas, de bailarines, de medias, de tacones, de brassieres, de todo. Y yo no.

— Los libros llegan el viernes, anuncia la maestra interrumpiendo mi lamento.

— El viernes, el viernes, murmuramos las tres felices de la vida.

Es la una y no llegan por mí. Mi hermana siempre llega a las 12:35. Ahora, se asoma la nariz del carro de mamá. Me subo. Está enojada, me doy cuenta porque no me dio beso, porque no está escuchando su cassette de José José. Pero yo tengo cosas más importantes en qué pensar. Imagino una y otra vez que es viernes y tengo el libro de naturales en las manos, que lo abro y que un poderoso rayo de luz me ilumina. Mamá frena. El libro desaparece.

— Bájate y dile a tu hermana que aquí la espero.

Papá y yo comimos solos. En la tarde vimos la Pantera rosa. Me bañé, hice la tarea, cenamos. Luego me llamó a su cuarto, me llenó de besos, me dijo que era su bebé y me invitó a ver la tele desde su cama.

— ¿Quién es mi chiquita? Me repetía. Le pregunté por mamá y por mi hermana. Que al rato vienen, me dijo.

Se dan las 8, las 8 y media, y no me manda a dormir. 24 Horas ya se va a terminar. ¿Sigue Olga Breeskin? ¿A poco me va a dejar verla?

— Aquí está Genaro, que quiere hablar con usted, le dice Elena a mi papá. Después de fruncir y desfruncir el ceño varias veces decide recibirlo aquí en su cuarto. Ya no vi Olga Breeskin, pienso, seguro me manda a la cama.

Pero no.

Genaro le confiesa a mi papá que quiere a Estela, que está muy apenado, que sí la regaron pero que...

— A continuación en Canal 2, Esta noche con Olga.

Olga, Olga, Olga, me retumba aquí adentro. Papá ni mira la tele, ¿es posible esto? ¿está sucediendo? ¿ESTÁ REALMENTE SUCEDIENDO?

Genaro dice que está dispuesto a casarse, que no hay de qué preocuparse. La música comienza, unos bailarines con pantalones pegaditos, Olga en un minúsculo traje morado, su violín bajo la mejilla. ¿Casarse? ¿Dijo casarse? Este es un momento difícil, veo a Olga, escucho a Genaro, veo a Olga, escucho a papá. Dos mundos se abren para mí y yo no sé a dónde voltear. Dos mundos.

*Todos queremos ver a Olga, Todos queremos ver a Olga...* se repite infinitamente en la tele. Veo todo el programa, salió el Loco Valdez, no fue tan gracioso. Los bailarines cargaban a Olga de aquí para allá, su ropa diminuta color pistache volaba entre las manos de uno y otro. Cantó Lila Deneken. Olga tocó el violín. Más bailes, más música... Eso fue todo... ¿y la verdad? ¿dónde está la verdad?

Apago la tele y me voy a mi cuarto. Pienso toda la noche. En Olga, en los besos de lengua, en los calzones de cirquera... La verdad no es copa C o D. La verdad no está en los besos, ni en el programa de Olga Breeskin. Mi hermana llega, se mete a su cama llorando bajito. No me dice por qué.

El libro de Ciencias Naturales de 5to. Grado llega al fin. Lo hojeamos de arriba a abajo. No hay nada. Sólo se explica la reproducción de las plantas, aquí no hay lenguas ni lencería fina, ni bebés, sólo el polen que vuela hasta llegar a una flor. No, la verdad no está aquí.

Mamá llega por mí. No habla. José José no canta en su estéreo. Está enojada y yo también. Me prometo que llegando a casa corro al cuarto a mirarme en el espejo hasta el cansancio. Jugaré a las cirqueras con Susana y Pilar con las cosas de mamá. Llenaré de preguntas a Estela, Elena, a mamá a papá. Ya no voy a esperar. Simplemente no puedo esperar hasta que llegue el libro de Ciencias de sexto grado. Es demasiado tiempo sin la verdad... y yo, quiero saber algo. Lo que sea.

Algo.

Lo que sea.

## **Fasten your seat-belt**

Me abrocho el cinturón antes de que se prenda la lucecita que dice: "Fasten your seat-belt", lo hago como si estuviera atando mi destino y no mi cintura a este avión. Estamos por despegar. Estoy por despegar. El piloto nos ha prevenido de la posibilidad de lluvias, "We might have rain in our way to..." Decido hacer lo posible por dormir y no mirar a la ventanilla. La mujer al lado de mí se ha dispuesto a rezar. Espero que el piloto vuele esta nave con la misma seguridad con que ella maneja las cuentas del rosario. Cierro los ojos.

Una lluvia de recuerdos me invade. Tú. La forma en que dormías junto a mí. La primera cita, el primer beso. La primera vez. Tu casa. Nuestra videoteca. Tu colección de tortugas. Mis ceniceros. Nuestros amigos. Los Viajes. La playa de San Carlos. Los abrazos. Las mañanas tras una noche de hacer el amor.

Abro los ojos y ya hemos llegado. Bajamos. La Sala de Espera. Te busco. Me parece reconocerte. Alcanzo a ver sólo tu cabeza a través del cristal, tu cabello alborotado, eres tú. Puedo ver hasta tus ojos cuando asomas más tu cabeza de entre la multitud. Tanta espera me tiene harta. Los minutos parecen doblar su edad con rapidez. Uno tras otro.

La misma mujer que se puso a rezar durante los escasos minutos de lluvia, mueve su pie sobre el suelo como acariciando la certeza de saberse en tierra. Quiero hacer lo mismo. Acariciar la certeza de estar de vuelta. Dos años de ausencia le otorgan un valor especial a este suelo.

Ni asomo del carro con las maletas. Seguimos esperando. Algunos se han acercado al cristal, del otro lado los esperan sus familiares. Buscan la manera de comunicarse. Una larga repetición de gestos que para saludarse. Alguien le tira un beso a otro, alguien más lo recibe... Como si no hubiera una multitud de gente al lado, como si todo se resumiera a ese cristal y a esas dos personas que desean estrechar sus brazos y sus labios.

Yo decido no acercarme al cristal. Volteo de cuando en cuando. Te veo en un continuo sube y baja de puntillas para verme. ¿Sonríes? Levanto mi mano para saludarte. Un señor gordo me tapa y no sé si has hecho lo mismo.

Seis treinta, y el sol allá afuera brilla como si no tuviera nada más que hacer. En esta ciudad la noche llega demasiado tarde y para cuando llega sus habitantes están insolados y escondidos en sus casas frente al televisor. Al menos así era antes. Así lo hacíamos tú y yo. El verano nos recluía en una habitación, una columna de películas esperaba su turno en la videocasetera. Palomitas, coca-cola, marlboro blancos. Lo teníamos todo.

“No, no vengo de vacaciones. Yo soy de aquí”, le digo al tipo que definitivamente no capta que no deseo hablar con desconocidos. ¿Qué pasaría si me soltara platicándole todo? A ver, qué tal que le digo que este era el viaje que había deseado hacer desde que me marché. El regreso. Y si le confieso que me fui porque un día me quedé sin trabajo y me entró una depresión milenaria, si le digo que después tú y yo comenzamos a tener conflictos acerca de nuestro modo de llevar esto. Y si le digo que llegó un momento que con tanto en mi cabeza yo ya no me hallaba...

Puedo decirle que intuía que mi *yo* se encontraba en algún lugar y que entonces me dispuse encontrarlo, cual personaje de Woody Allen. Le puedo platicar que primero hubo una oportunidad en Phoenix y después otra mejor en El Paso, y ni ahí ni allá me encontré, ¿sabe? Sólo había mucho trabajo, muchos gringos fríos, chicanos calientes, malas caras, cerveza *light*, doritos y casas demasiado grandes o demasiado chicas. Y siempre muy solas.

Le puedo decir que llegué a la conclusión de que las películas no son lo mismo si no hay nadie al lado.

Pero luego, las cosas mejoraron... comencé a sonreír. Un día, una carta. Después, correos electrónicos. ¿Ha oído hablar del sexo virtual? El teléfono en casa sonaba una noche sí y otra no. Y heme aquí, jugándomela un poco, volviendo a casa y no de vacaciones.

El fulano se da por vencido, quizás su *yo* interno escuchó los largos rollos del mío y le dio güeva seguir a mi lado, tratando de flirtear.

Me pregunto en qué piensas. ¿Qué ideas se remueven en tu cabeza? Quizás con tanto sube y baja no piensas en nada. ¿Cómo lucirá tu cuerpo ahora?

Las maletas son colocadas en el carrusel. Comienza el desfile. Todos con nuestra imagen de pasajeros pacientes mostramos nuestra verdadera desesperación mientras nos hacemos bola para tomar el equipaje. Intento meterme. Por aquí, por allá. Doy un paso atrás. Me retiro del juego. Eso es una evasión, diría mi ex analista. Yo contestaría que no, que simplemente no me gusta estar echa bola entre tanta gente con tanto apuro. Él me diría que eso es muy simbólico. Yo me reiría y volvería a tomar la decisión de no volver a verlo y sólo dedicarme a leer el horóscopo.

Hoy me animo a pensar en voz alta que te extrañé. Que entiendo todo, que estoy dispuesta a tomar un segundo aire. Hete aquí con la misma disponibilidad, esperando que yo me decida a cruzar ese umbral.

Decido.

Decido reflejar lo que siento y me acerco. Sonrío. Te sonrío. Ahora sí. Si pudiera gritarte te amo. Te he extrañado tanto, que ahora no me importaría que la gente viera, nos viera besándonos.

Hay una fila larga en la revisión de maletas. Nueve personas me separan de ti. Odio a los de la Aduana. Estoy segura de que cuando toque mi turno

de apretar el botón del semáforo me tocará en rojo. Tendré que sacarlo todo de las maletas. Mi ropa, los libros, los discos, los regalos, las esperanzas, las ilusiones, todo quedará expuesto ante su vista y me avergonzaré como si estuviera mostrando mi ropa interior. Esta larga fila se parece a otra. Aquella en el cine. La muestra internacional de cine francés acercó a dos mujeres que solían ir solas a ver películas. Lo demás, ya lo sabes.

Sigues con tu sube y baja, quieres saber cuánto falta. Yo miro hacia delante, quiero ver cuánto falta. Estoy cansada, la mudanza, el trabajo, el insomnio de las últimas dos semanas. El recuento del pasado, como si estuviera preparándome para un examen que una vez reprobé. O reprobamos. Como quieras ponerlo. Presentamos un examen sobre la vida en pareja sin estudiar bien los orígenes, memorizando fórmulas que en realidad son ambiguas. Contestamos las preguntas con tanto apuro que los resultados... ya sabes.

Finalmente te veo por completo. Has logrado acercarte al ventanal. La voz que me ha acompañado en los últimos dos meses cobra cuerpo. Te veo como si nunca antes. Tu cintura, tus brazos blancos. Camiseta roja. El overol que tanto te gusta. El que me ponía un día después de que lo usabas tú. El que guardaba tu olor de todo un día.

Suena un timbre. Abro los ojos y el letrero de: "Fasten your seat-belt" se ha apagado. Podemos desabrocharnos los cinturones. Soñé que ya había llegado pero en realidad, apenas he llegado.

"Thank you for flying with us", dice de nuevo el piloto.

## Diálogo bobo y revolucionario

*La fotografía puede constituir perfectamente una prueba irrefutable de que cierto momento ocurrió.*  
Susan Sontag

- Te digo que sí es. Esa es mi abuela y ese es el mismísimo...
- No, no puede ser, qué tendría que estar haciendo tu abuela posando con él. Además, ¿cómo estás tan seguro de que es él?
- ¿Que cómo? Velo, es él, no hay pierde: el bigotote, los ojos, las cejas, es él, es él.
- No lo sé. Esto parece real pero, ¿quién me dice a mí que no hiciste magia con la compu y unas fotos viejas? Mario hizo algo así y te juro por Dios que todos le creímos que se había ido a pistiar con el comandante Marcos.
- Cualquiera con capucha puede parecerse a Marcos.
- ¡No! Eso sí que no. Marcos tiene... tiene una nariz especial, es fácil reconocerlo.
- Una capucha es una capucha; un narizón es un narizón. Marcos puede ser cualquiera.
- Marcos no puede ser cualquiera. Marcos es Marcos. Y Marcos sí era el de la foto, pero Mario nunca se parrandeó con el ejército zapatista, simplemente compró una foto de Ramona y Marcos y luego las utilizó para hacernos tontos.
- Pero esta foto sí es real.
- A ver, déjame verla, dime otra vez por qué está impresa.
- Qué necia, pues porque escanié la original que estaba muy madreada.
- Escanié... válgame ahora cualquier cosa es un verbo.
- ¿Qué te pasa?, si ese es un verbo muy sexy... ¿No te gustaría que te diera una escaneadita?
- Baboso. Hazte, no me hables tan cerquita. No, no.
- Está bien. ¿Qué tanto miras?
- Es que... bueno, supongamos que esta foto sí es real, ¿por qué está tu abuela con él?
- Eso es lo interesante, por eso te la traje. Mira, yo pienso que aquí hay una GRAN historia, una historia como para llevar a cabo una profunda investigación y luego escribir una novelota histórica, como las que ahora están de moda.
- ¿Y quién la va a escribir? ¡¿Tú?! Si siempre has tenido una ortografía pésima.

— La ortografía es lo de menos, para eso están los editores o podría contratarte a ti para que me ayudaras a capturar y corregir, tú sí sabes de acentos y comas, de suspenso y de...

— Yo no podría hacerlo.

— ¿Por qué no?

— En primer lugar porque, en todo caso, la periodista soy yo, y hoy en día somos nosotros los que escribimos mejor... así que más que correctora yo podría ser LA escritora.

— Tú colaboras en la sección financiera y esto no es una novela sobre la Bolsa de Valores.

— Voy a ignorar tu comentario... En segundo lugar, porque desconfío de esa foto, podríamos pasarnos años excavando en la memoria de tu abuela sin encontrar nada.

— ¿Podríamos? O sea que sí estás considerando ayudarme.

— Yo no he dicho nada, simplemente... oye, ¿de quién es esa mano?

— ¡¿En dónde?!

— No seas mamón, aquí, aquí en la foto, ¿es de él?, ¿la está abrazando?

— No sé, parece, pero...

— ¿Tu papá tiene bigote?

— ¿Bigote?

— Sí, ¿tiene un bigote largo y lacio?

— No, ¿cómo va a tener un bigote largo y lacio?, y si lo tuviera, se vería muy ridículo. ¿Qué te traes? ¿Qué tanto me tocas? A mí no me sale ni un pelo tieso. Ya, ya.

— No te enojas, es que... piensa, si tú o tu papá tuvieran un bigote así... ¡Imagínate! WOW, REQUETE WOW.

— ¿Guau requeteguau? ¿Qué tengo que imaginarme, que mi abuela le fue infiel a mi abuelo en nombre de la revolución mexicana?

— No tienes que ponerte sarcástico.

— Y qué quieres que haga, ve lo que estás diciendo. Ya estuvo bueno, dame la foto.

— Espérate. NO te enojas, ja ja. No te enojas porque me da risa verte así y si me empiezo a reír más te vas a enojar más y ...

— ¿Me vas a dar la foto? ¿Eh? ¿Crees que no me doy cuenta?, aunque te voltees sé perfectamente bien que te estás riendo. Estás lastimándome, hiriéndome en lo más profundo de mi...

— Ya, okey. Déjame tomar aire. Pero es que... piénsalo. Tú podrías ser nieto de un héroe de la Revolución, podrías ser muy famoso. Tu novela se vendería mucho, la publicarían en Tusquets o en Planeta, te entrevistarían en Televisa y en TV Azteca, aparecerías en *La Jornada*. Hasta podrías tener una página en internet con esta foto y luego podrías añadir otras, ¿tienes más fotos de tu abuela?

— ...

— ¿Qué, qué me ves?

— No crees que estás exagerando, yo sólo quisiera indagar un poco y quizás escribir algo machín. Además, ¿no dijiste que ni siquiera creías que la foto era real, ni que ese al lado de ella fuera el mismísimo...

— Bueno, sí lo dije, pero... Híjole, se me está ocurriendo otra cosa... Si ese que está ahí no es quien creemos que es, pues eso también sería motivo para una buena novela; quizás tu abuela, Doña, ¿cómo se llamaba?

— Eloína

— Mira, hasta tiene nombre de heroína; bueno, pues quizás Doña Elo se entregó a los brazos de este hombre a pesar de ser una mujer de familia pensando precisamente que lo hacía por la patria.

— ¿Cómo se te pueden ocurrir tantas cosas en tan poco tiempo? Me cae, tú deberías ser escritora. Pero creo que debemos calmarnos un poco, pensar en mi familia, no sabemos cuánto les podría afectar si tú y yo descubriéramos el negro pasado de mi abuela.

— ¿Negro pasado? ¿Qué te pasa, oye? Sólo porque tu abuela estuvo con otro hombre no significa que su pasado sea negro, tú no sabes si estaba enamorada, ¿quién eres tú para juzgar su vida? ¿No te digo? Todos son iguales, para los hombres son canas al aire, para las mujeres es negro pasado...

— Oye, oye, cálmate. No la estoy juzgando. Olvídalo.

— ¿Olvidarlo? ¿OLVIDARLO? ¿Y qué haremos con esta foto?

— ¿Haremos?

— Pues sí, tú mismo me acabas de decir que necesitas mi ayuda, que querías que capturara y corrigiera porque tú tienes una ortografía PÉSIMA.

— Quien dijo que yo tenía mala ortografía fuiste tú, y no es tan mala, yo por lo menos sé cuándo poner mayúsculas y minúsculas.

— ¡¿Otra vez con eso?! Ya te dije que fue para darle estilo a la pancarta, además eso pasó hace siglos. Y ultimadamente, haz con tu foto lo que te dé la gana, al cabo que es falsa. Sí seguro es falsa, te engañaron en tu casa como a un chino en disneylandia. O lo que es peor, tú y Mario se las ingeniaron para hacerme tonta, pero ni creas que se van a seguir burlando de mí... Ya me voy a mi casa, olvídate de que ahora quiera ir al cine contigo. Toma tu estúpida foto y préstame cinco pesos para mi camión.

— Ximena, Ximena pérate, no te voy a seguir por toda la calle.

— No sé para qué demonios te dije que me trajeras una foto vieja.

— Ximena.

— Yo sólo quería ver a tus antepasados para ver a quién te pareces y para ver cómo hubieran podido salir nuestros hijos si un día me decidiera a tenerlos contigo. Pero olvídate que ahora quiera...

— Ximena, Ximenita. ¿Sabes que te ves preciosa cuando te enojas? Tus cejitas frunciditas, tu boquita de puchero, la nariz arrugadita. Sólo por eso vale la pena hacerte enojar. Te ves preciosa. Pre-cio-sa... ¿ya te dije que te ves preciosa?

— Ya pues, no le sigas. No, no me hagas así. Ándale, vamos a ponernos serios. ¿Qué vamos a hacer con esta foto? Esto sí es importante. Tenemos una gran historia en nuestras manos, podríamos ser famosos, ricos, riquísimos...

— ...

— ¿Qué? ¿De qué te ríes ahora? Gil, ¿de qué te ríes?

— Me cae, deberías dedicarte a otra cosa, lo tuyo no son las finanzas...

— No te estés riendo... ¿Te estás burlando? ¿Es puro cuento, verdad? La foto es puro cuento, ¿verdad?, ¡¿verdad?!

— Esta foto, esta foto... es... ¿Qué te pasa? NO te vayas, Ximena, no te estoy engañando, no mucho, mira, verás... No, no te subas al camión, Ximenita.

— ...

—Chale, chale con la Revolución.

## Papá, el poeta

La última vez que estuvimos aquí todos fue aquella navidad, cuando papá nos dio la noticia de que se volvería a casar. Para algunos fue una sorpresa, para otros no. La amistad entre él y Eugenia tenía años marinándose. Sin embargo, nunca nos pareció que eso terminaría en matrimonio. Aplaudimos, lloramos, nos abrazamos, hubo de todo.

— La Storni se echó a llorar, ¿recuerdan?

Andrés es el único, después de papá, que aún nos llama por nuestros viejos apodos; siempre le gustó ser Neruda. Con frecuencia decía, "Si él no hubiera escrito las Odas *Elementales*, de seguro yo lo hubiera hecho".

— No lloré, me dio mucho sentimiento. Piénsenlo. Dedicó su vida a nosotros y fue sólo hasta que todos dejamos de depender de él que decidió hacer su vida... Y deja de llamarme La Storni. Nunca me gustó. ¿Por qué me tenía que tocar una poeta suicida y depresiva?

— Porque te gustaban los hombres pequeñitos.

Andrés siempre tenía la palabra exacta. Dicen que sacó el sentido del humor de mamá. Dicen que por eso es caricaturista, palabra e imagen para burlarse de la vida.

— ¡Pesado! Sólo Antonio era chaparrito; José Luis y Roberto medían casi lo mismo que yo.

— Por eso lo digo.

Papá era un gran lector de poesía. En realidad, la poesía y la baraja de los viernes eran sus únicas dos pasiones y entretenimientos. Amaba tanto la poesía, que un buen día decidió que dejáramos nuestros nombres para el mundo exterior porque en casa todos tendríamos nombres de poetas.

— Si al menos nos hubiera dado opción de elegir nuestros apodos.

— ¿Hubieras elegido Sor Juana?, le dice Andrés, mientras le aprieta los cachetes.

— Estúpido.

Todos éramos poetas de habla hispana. Sus hijos Andrés, Roberto, Alicia, Carmen y Bernardo éramos Neruda, Darío, la Mistral, la Storni y Neruo, respectivamente. Allá afuera, nadie sabía nuestro secreto. Acá adentro, nos dirigíamos los unos a los otros sólo de esa manera. Aún hoy me hace gracia recordar nuestras acciones: "Papá, Neruda y Darío se robaron unas papitas de la tienda", "La Storni no se deja peinar", "Papá, Neruda está en detención por pintar una pared de la escuela", "Mira, la Mistral y la Storni no me quieren devolver mi pelota", "¡Papá, Neruda y la Storni ya se están peleando otra vez!".

Mamá murió al dar a luz a su quinto hijo. Apenas empujó a Bernardo (Neruo) a la entrada de este mundo, ella tomó la salida. Sus hermanas se hicieron a cargo de nosotros y las siguientes semanas vivimos en la casa de la abuela. Papá no hacía otra cosa que estar al lado del recién nacido.

En cuanto lo dieron de alta en el hospital, papá fue por nosotros. Ni siquiera escuchó los ruegos de la abuela y de las tías. Prometió encargarse de nosotros siempre.

— Tan duro el viejo. Me acuerdo cuando le dije que sería arquitecto. Estaba seguro de que me iba a felicitar, que se iba a sentir bien orgulloso.

Roberto (Darío) tiene la misma voz de papá, lo escuchamos y escuchamos a papá.

— Yo no me acuerdo de eso. ¿Qué te dijo?

Andrés no sólo tiene el humor de mamá, también heredó sus ojos.

— Me pegó en el brazo. “¿Y de dónde vas a sacar para estudiar eso?, ¿crees que yo tengo dinero para pagarte una carrera así?” Me agüité, en serio. Luego, a su modo, me dijo que me iba a ayudar. Yo creí que me iba a becar. Y nada, que me mandó a trabajar con la señora Eugenia, ¿te acuerdas? Pero me fue bien, ella me ayudó mucho, me daba extra para que comprara libros o material. Por supuesto que era papá quien le daba ese dinero. Pero nunca hablamos de eso.

Papá tenía un modo extraño de querernos. Eso de ser padre y madre no fue nada fácil para él. Ni para nosotros. Creía que debía ser muy exigente. A veces se pasaba... o quizás nosotros éramos demasiado inquietos. Pero nos quería, de eso no había duda. Era como el papá de Manolito, el de Mafalda, siempre sostenía *rounds* de cariño con nosotros... con los hombres, pequeñas luchas que ellos disfrutaban; con nosotras, ataques de cosquillas que parecían interminables. Podía gritarnos una larga cadena de insultos cuando reprobábamos una materia y luego llorar con nosotros cuando no nos elegían para la escolta o para el baile de fin de año.

Nos leía, nos leía mucho. Siempre había un poema perfecto para cada situación, para cada hijo o hija. Lo escuchábamos atentos. Con paciencia nos explicaba. Nos mostraba el mundo en cada verso. Nos convertimos en su poesía. Éramos los poemas que escribió con mamá, que le leyó a mamá. Que le hubiera escrito a mamá. Que le hubiera leído a mamá.

— ¿Recuerdan la vez aquella de las reglas de metal?

Andrés se pone a platicar de cuando todos agarramos reglas de metal en el supermercado, unos días antes del regreso a clases. Papá nos compraba los útiles escolares.

— ¡Qué desmadre! ¡Qué espadaños!

— Y la mujer, ¿se acuerdan de la mujer esa? Jaló a Alicia y le quitó la suya de la mano...

— Claro, Papá se enojó con ella y se la puso como campeona... hasta le habló al gerente, ¿verdad?

— Salimos todos felices con nuestras reglas de metal.

— Y apenas llegamos a la casa nos nalgueó a todos con las malditas reglas. Cómo me arrepentí de haberlas agarrado, ¿cómo no agarré unas de plástico?

— Lo mismo dijiste entonces.

Nuestro modo de platicar siempre será el mismo. A veces pienso que somos una continuación del otro. Somos versos que juntos hacen una memoria.

Creamos nuestras tradiciones. Mientras el resto de los niños ensayaba para el festival de día de las madres, papá planeaba una excursión distinta cada año. Se arreglaba con las maestras, y nos marchábamos dos días de la ciudad. A la playa, a la montaña, a donde fuera, a escaparnos un poco de mamá, de su ausencia pues. Reíamos, nos divertíamos, estábamos bien. O eso intentábamos. Y siempre estaba la poesía, que a veces aún sin entender, aseguraba tranquilidad. En los cumpleaños siempre se hablaba de mamá, de lo que pensaba de cada uno de nosotros. El cumpleaños de Bernardo siempre era más especial, entonces todos nosotros le contábamos a él lo formidable que ella era. Cada quién platicaba lo que más recordaba de ella, cada uno se instalaba en un momento especial, en una mirada, en una palabra. Mamá era distinta para todos. La misma para papá.

— Y cómo olvidar cuando nos agarraba desprevenidos y decía: "PRUEBA DE MATEMÁTICAS"

— Ay, ni me recuerdes... yo siempre salía muy mal... medio la libraba en las sumas, pero con las restas me hacía bolas.

— Qué tal aquella vez que a Andrés y a Roberto se les ocurrió que contestáramos todo mal.

— A la regadera con todo y ropa.

— El agua estaba helada.

Cuando encontraba algún desperfecto sin responsable nos ponía en hilera. "¿Quién hizo esto?", preguntaba. Teníamos un pacto de silencio. Sin ponernos de acuerdo siempre procurábamos cuidarnos las espaldas. Éramos cinco culpables, esperando su castigo.

— ¡Y tú siempre tenías que abrir la bocota!

Bernardo me señala. No puedo más que reír.

— No te rías, por tu culpa nos dejaron sin bicicletas todo ese verano. Siempre tan soplona, igual lo hacías cuando le bajábamos dulces al de la tienda. "No nos gastamos todo el dinero, esto lo agarramos de pilón".

Yo pensaba que era la buena del grupo. Ellos decían que la lambiscona, la mitotera,

— La traidora. La ponededo... Todo le platicabas.

Y es que yo no podía guardar secretos, no podía decir mentiras, no podía fallarle. Yo era algo así como la parte de en medio del sandwich. La número tres. La Mistral. La mayor de las mujeres (aunque sólo haya un

año de diferencia entre mi hermana y yo), y no sé quién me metió en la cabeza que por eso también era responsable de la familia, de los hermanos, de papá.

— La abuela te ha de haber metido en la cabeza que tú tenías que ser un ejemplo para todos o algo así, ¿verdad? Toda la vida tras sus faldas y tras los pantalones del viejo.

Claro. La abuela. Que tenía la capacidad mágica de estar en todos lados. Limpiaba su casa y un segundo después ya estaba en la nuestra preparando la sopa de fideos. Podía platicar con sus amigas del café sobre los años en el magisterio y al mismo tiempo estar a nuestro lado diciéndonos que mamá siempre estaba aquí, aunque no la pudiéramos ver.

El silencio de papá era el peor enemigo en nuestra casa. La ley del hielo. Era como no existir. Con frecuencia era a Neruda a quien debíamos ignorar. Incluso en las tertulias de los sábados, cuando leíamos a nuestros poetas. No leíamos nada de él.

— Por tu culpa sé tan poco de Neruda. Creo que hasta reprobé un examen de Literatura en la prepa.

Papá siempre tenía tiempo para cada uno de nosotros. Esperábamos nuestro turno en algún momento del día o de la semana. Siempre tenía algo que decirnos, escondía sus palabras en el bolsillo y nos mostraba la precisa en el momento preciso. Sus consejos eran como esos versos que aprendes de memoria y no olvidas. Papá, el poeta.

— El viejo... creo que ni siquiera alcanzó a entender qué tan malo estaba.

Papá ha muerto. Apenas ayer. Siempre habíamos sido buenos para organizar reuniones, fiestas, cualquier celebración grandiosa la preparábamos en un dos por tres. No ha sido igual con este funeral. Por principio porque, claro, no es un festejo. Nos reunimos un par de minutos a decidir cuál es el siguiente paso y, es inevitable, sólo hablamos de aquella época, cuando estábamos juntos. Cuando no había esposas, esposos, hijos. Alguien sugirió que leyéramos algunos poemas durante el sepelio. Alguien más que escribiéramos algo para leerlo durante la misa. Pero no se nos ocurre nada, sólo nos vemos a las caras, observamos el pasado y pensamos que el tiempo transcurre demasiado rápidamente.

## Siempre habrá una línea

Sin importar lo que estuvieran pasando por televisión, a las ocho en punto ya estaba en mi cama. Contando borregos, repasando mi día, planeando el de mañana. Pensaba en cualquier cosa con tal de cansarme, con tal de perderme en los laberintos del sueño y dormir. Creía que entre más temprano me durmiera más rápido correrían las horas y pronto sería de día y él ya estaría ahí.

Las mañanas eran para mí una misma y nada aburrida rutina. Abría los ojos, pegaba un salto de la cama para ir a verlo en la suya. Lo miraba unos segundos antes de decirle "Ya me voy a meter a bañar." A lo que él contestaba siempre: Mmmahja. Cuando yo salía de la regadera, él entraba caminando al baño con los ojos cerrados y arrastrando su toalla.

Luego desayunábamos. Lo oíamos platicar sobre su jornada de la noche anterior, nos reíamos. Él siempre sabía cómo hacernos reír, cómo captar nuestra atención y cómo convertir sus noches más aburridas del trabajo en unas aventuras grandiosas. Mientras mi madre iba y venía con platos y vasos acariciaba siempre su espalda y sonreía. Su hermano era el orgullo más grande, era el hombre de la casa. A nosotros eso no nos hacía sentir menos, respetábamos su lugar entre nosotros. Luego nos marchábamos a la escuela. Nunca supe si sabía lo importante que era para mí estar con él. No, mas bien, nunca supo lo importante que era él para mí.

Su ausencia, desde que yo tenía unos once años, sólo hizo más enorme su figura. Lo convertí en un mito, en un héroe, en alguien que yo quería ser cuando tuviera su edad. Pero era imposible, él no estaba ahí para decirme cómo ser igual a él. Poco a poco dejamos de hablar de él, como mi padre, se convirtió en un recuerdo en nuestras vidas. En realidad, no sé en qué momento se desvaneció de nuestras pláticas. Simplemente, dejamos de recordar sus aventuras, sus peleas, sus noviazgos con las vecinas.

Tío Alberto dejó de ser parte de nuestras vidas hasta ayer, cuando le habló a Arcelia para decirle que mañana llegaba a México. Tenemos todos los detalles de su llegada, aerolínea, hora y número de vuelo. Pero no tenemos idea de cómo luzca hoy. Los años fueron tan veloces. Arcelia y yo nunca habíamos hablado tanto tiempo por teléfono. Comenzamos a recordar cosas, a comparar nuestras versiones de la historia. Mi versión, del menor de la casa, explica que nuestro tío se había marchado a Estados Unidos a trabajar y que se quedó ahí porque le iba muy bien. La versión de Arcelia es más madura, en ella se sabe que conoció a Mercedes trabajando en las noches en la maquila, se enamoraron y planeaban casarse. En esta versión no se sabe de qué pueblo era Mercedes pero sí se sabe que sus tradiciones exigían una gran boda pagada por el novio. La familia, por supuesto, no tenía los medios para seguir esa tradición, y para

su novia la única solución era que él se marchara a trabajar al otro lado un año y volviera con un buen ahorro para su boda.

Alberto, enamorado y obediente, arregló sus papeles y en menos de dos meses estaba en California. Tenía 21 años, sólo así puede entenderse una decisión de ese tamaño. Creo.

Al principio llamaba con frecuencia, ¿te acuerdas?, me dijo Arcelia. Luego pasaron dos meses sin saber de él. Entonces una llamada, "Estoy viviendo en Colorado"; luego otra, "He vuelto a California"; una última, "Tengo un buen trabajo aquí en Texas".

Y nada más. Pasó el año, pasó otro, otro y muchos más. Mi versión y la de Arcelia tienen algo en común. Tío Alberto se fue a trabajar a Estados Unidos y nunca volvió.

Cuando mi madre enfermó, llamaba cada semana, luego mandó unas fotos de él con su esposa y con sus hijos. Descubrimos que tenía barba, un tatuaje en el brazo izquierdo y dos niños incluso más rubios que su esposa. Mi madre ya no lo supo. Lo más seguro es que Mercedes tampoco.

Arcelia no podrá ir al aeropuerto. Tendré que ir yo. No hago más que pensar en el pasado, que obviamente es diferente para todos aún cuando por un tiempo compartiéramos la misma familia. Yo también he llegado a la edad adulta y sin embargo me siento en la infancia nomás de pensar que mi único tío va a llegar. Fragmentos de mi vida se remueven en mí. No sé qué palabras utilizaré mañana, ni cómo saludarlo. No sé a quién voy a encontrarme en la sala de espera.

Seguramente hablaremos del presente. Hablaremos de sus hijos y del mío. De su trabajo y del mío, de su país y del mío. Un arsenal de preguntas se quedarán en la cajuela del carro junto con las respuestas y sus maletas. Habrá una línea, como una frontera, que nos separará incluso si nos atrevemos a darnos un abrazo. Sí, hablaremos del presente. Pensaremos en el futuro.

Sé que antes era alguien especial para mí, pero ya he olvidado qué era tan especial. Sólo recuerdo que dormirme más temprano me aseguraba verlo más temprano.

(Son las ocho. Es curioso y estúpido a la vez, pero ya me he metido en mi cama, en un rato más dejaré este cuaderno, tomaré el libro de anoche, leeré un par de páginas y mucho antes de las nueve ya me habré dormido.)

## Un taller literario

Ante los percances de la vida la gente suele decir: "Si hubiera sabido que esto acabaría de esta manera, ni lo hubiera hecho". En mi caso, si hubiera sabido que este capítulo de mi vida tomaría estas dimensiones lo habría hecho de cualquier modo sólo por curiosidad... Pero creo que debo iniciar hablando antes un poco de mí.

Cuando alguien de mi carrera finalmente se gradúa, entra en una etapa de cierta melancolía. Melancolía por aquellas clases en aquellas aulas que ya no volverán y por los años de éxito que quizás tampoco, porque la Filosofía es una carrera poco apreciada por nuestra sociedad; o porque como decía mi padre "lo que menos necesita el país son filósofos que creen saberlo todo" (a lo que yo contestaba "yo sólo sé que no sé nada" y recibía la más humillante mirada de su inmenso catálogo).

La melancolía, pues, no se hizo esperar en mi caso. Quizás también porque durante cinco años no tuve la seguridad de querer licenciarme en filosofía o simplemente dedicarme a la nada. Mi futuro parecía más incierto de lo que suele serlo para todo el mundo. Las posibilidades de encontrar un trabajo decente parecían nulas, vagaba yo de lugar en lugar con un currículum tan multidisciplinario que parecía un chiste interminable. Así que cuando me llamaron de Bravo Editores supe que era una oportunidad irrepetible y me preparé largamente para mi entrevista, obtendría ese puesto a como diera lugar.

Y lo obtuve.

Y así empezó esta historia.

### El poeta.

Soy de esos que cuanto más se juran que no van a hacer algo terminan haciéndolo con mayores consecuencias. Prometí no mencionar que escribía poesía y que había ganado dos premios estatales de literatura joven. Por supuesto, terminé mencionándolo. Lo cual no fue lo que a fin de cuentas me aseguró el trabajo, pero sí el sobrenombre de "el poeta" entre algunos compañeros de la oficina. Una burla a la que terminé acostumbrándome.

Y bueno, mis primeros meses de trabajo transcurrieron como los de todos, comencé a conocer gente, a preferir a algunos sobre otros, a sentirme más cómodo con mis labores. Comencé a disfrutar las charlas en el comedor o frente a la cafetera, a gozar ese aire de misterio en la compra de tamales para el lonche... la venta clandestina en el escritorio de Doña Anita, la encargada de las secretarías, me divertía más que conseguir un poco de hierbita para fumar el fin de semana.

Tenía, pues, un trabajo cómodo, medianamente bien pagado y agradable a los pocos meses de mi graduación, pensé que no había nada

más que le pudiera pedir al mundo —no a Dios— un filósofo como yo. Pero sí había algo más para mí en ese lugar.

El trabajo comenzó a cargarse demasiado, había muchas pruebas por corregir, mucho que leer y cierres de ediciones al por mayor. Las horas extras me absorbían de tal manera que comencé a abandonar mi escritura, así como la idea de que pronto acabaría mi primer libro. El abandono resultó una buena excusa para no escribir. Ya entonces me gustaba mentirme diciéndome que era la falta de tiempo y no la ausencia de creatividad lo que tenía mis cuadernos en blanco.

De cuando en cuando, sólo garabateaba algunas notas en los pequeños recesos que tomaba. “El poeta está inspirado”, me decía al verme uno de los impresores del segundo piso. “¿Escribiendo poesías de amor eterno?” preguntaban las capturistas bilingües, que así como hablaban inglés las muy estúpidas no sabían que se trataba de poemas, no poesías. Terminé por acostumbrarme y ya no me molestaba tanto lo que me decían... Debo ser más sincero: no fue costumbre; simplemente me gustó saberme el poeta de la oficina, eso me ayudaba a creer algo que en realidad no creía.

La oficina era para mí un lugar seguro, donde no había competencia y si la había era entre una y otra secretaria para ver quién capturaba más rápido. No había ahí quién leyera mejor que yo, no había nadie con mejor ortografía. Eso aumentaba algunos gramos a mi otrora débil ego.

## **El día de la secretaria.**

Fue durante la fiesta del día de la secretaria cuando todo inició. Micaela, la secretaria de Don Heriberto, se me acercó justo cuando Franco y yo le echábamos un poco de ron al ponche. “Necesito hablar contigo de algo confidencial”. Su *algo confidencial* despertó mi curiosidad. Micaela no era nada fea, tenía las piernas demasiado gordas para mi gusto, pero no era nada fea y además tenía algo confidencial para compartir CONMIGO. “¿En serio eres poeta?, ¿escribes poesía y toda la cosa?” ¿Cómo respondía a eso?, ¿qué era *toda la cosa*? Lo había puesto de tal modo que parecía que escribir poesía era tan raro y exótico como leer el tarot. “Pues sí, me gusta escribir poesía... ¿Por qué?” Resultó que Micaela había terminado con su novio, el archivista del bufete de abogados de enfrente, pero estaba realmente arrepentida de haberlo mandado al demonio. Había intentado escribirle una carta para resolver las cosas pero “nomás no puedo, intento, empiezo poniendo *Querido Héctor* y ahí me atoro y no me sale nada más... ¿por qué no me ayudas tú a escribir una carta de amor?”

En otro momento de mi vida, la invitación a hacer un documento amoroso para otra persona me hubiera parecido más que vergonzosa, pero el ron había hecho ya de las suyas y acepté fácilmente. Pronto,

estaba ella sentada en una de las viejas máquinas de escribir que se usaban como adorno en la oficina, y yo en el mero papel de jefe chingón dictando cada línea. Los efectos del ron deben haber aumentado porque ya no recuerdo en qué momento la fiesta se instaló alrededor nuestro; todos estaban atentos a mis palabras, a su ágil y envidiable golpeteo o al escote de Anabel que dormía recargada en otra máquina. Ahora me parece recordar que cuando terminamos de escribir la dichosa carta, todos aplaudieron como si acabáramos de interpretar un buen bolero. No estoy seguro de que eso haya sucedido, pero recuerdo esa sensación de haber sido aplaudido por mi gran labor.

### **Las cartas.**

Dos semanas después de aquella fiesta tenía ya a Fede, del departamento de ventas, pidiéndome ayuda para escribirle a su madre que “dejaré de vivir con mi tía Virginia para irme a vivir con un amigo con quien me llevo muy bien y a quien conocerá pronto pues lo llevaré a las fiestas de San Miguel de Topolo...” “Ni madres —le dije—, lo que tú quieres es una carta para irle confesando a tu mamacita que eres maricón.” Fede puso una cara de espanto, si hubiera traído tacones se hubiera caído. Me preguntó si era tan notorio. Terminé ese día en el café de chinos de la esquina escuchando las conmovedoras confesiones de un pobre joto que ni siquiera se llamaba Federico sino Federal, Federal Arteaga, y me convenció de escribirle una carta que de seguro pasaría desapercibida ante la razón de su pobre madre de pueblo.

La dichosa carta al menos le ayudó a disminuir el enojo de la madre de Fede por dejar el hogar de la tía Virginia e independizarse; en la carta evité cualquier detalle sobre la verdadera naturaleza de la amistad entre Fede y su Gerarda... lo convencí de que era mejor ahorrarle un susto de esas dimensiones a su madre quien a fin de cuentas ni entendería nada y dedicaría el resto de su vida a ver en qué se había equivocado para que su hijo le saliera así.

Después de hacerle al consejero genérico con Fede, él finalmente decidió salir del clóset (sin saber que nosotros lo sabíamos fuera desde que vino a entregar su solicitud). Agradeció el favor, primero con un pay de limón que terminé compartiendo con los compañeros de piso, y después recomendando mis aptitudes epistolares con quien se le pusiera enfrente. Un día, una carta para declarar amor; otro día, una carta para decir que se había terminado el amor. Luego otras para exigir un aplazamiento en el pago del servicio de luz, renta o teléfono. Entonces, llegaron las secretarías bilingües con las poesías que “escribimos en nuestros ratos libres”. Po-e-mas, Po-e-mas, por favor, les dije. Querían que los leyera, que les diera mi opinión porque querían publicarlos en la

sección *Los Lectores Escriben* del suplemento dominical. Les dije que no, que no tenía tiempo. Ganas era lo que no tenía.

Por más que lo niegue, por más que me niegue, soy de naturaleza débil. Esa tarde me llevé a casa copias de sus escritos con la promesa a cuestas de comentarlos con ellas antes del martes. Los textos, obviamente, no eran la gran cosa... pero algo había en ellos, algo... la literatura es una misma que se renueva y recicla, el amor como tema se funde invariablemente en todos lados... esos textos evocaban algo más, a alguien más. Estaba casi seguro de que no se trataba de un plagio... pero algo me era familiar. Ese fin de semana no dormí; además de ser de naturaleza ególatra y débil, la curiosidad también me distingue y esas noches la curiosidad me mataba... era como si estuviera ante un verdadero acertijo.

La respuesta era sencilla, típico en cualquier gran dilema. Ese par de secretarias: ¡ileían!, habían leído poesía de Castellanos, Storni, Mistral, una de ellas, todas ellas u otra de ellas. Sorprendente, ¿no?, digo, al menos en una sociedad femenina como la nuestra cuyo mayor acercamiento a la literatura son las novelas inéditas —nunca me he preguntado por qué— de Corín Tellado publicadas en Vanidades.

Los poemas, ya dije, no eran un gran ejercicio, pero traté de no ensañarme en mis comentarios, sugerí cambios, delineamientos, cuidado a detalles que aunque mínimos son importantes en un poema y más si es corto. Sugerí en otro caso pensar en la prosa poética, "¿Ay, Quique y eso qué es?" Comencé a explicarles, a seducirlas con mis conocimientos, las llevé al borde de la satisfacción recomendando un par de autores. Muchas gracias obtuve de Margarita, un beso en la mejilla me dio Deyanira y la promesa de ambas de traerme más de sus poemas, (sí, dijeron poemas) la próxima semana. Los referentes, por cierto y para hacer más grande mi sorpresa, no eran ni Castellanos, ni Storni ni mucho menos Mistral. Se trataban de Sexton, Dickinson y Plath.

## **El taller.**

He perdido un par de cuartillas que escribí ayer sobre lo que ocurrió después de aquella primer sesión de comentarios con Margarita y Deyanira. Había escrito cómo fue que se organizó nuestro taller literario en la oficina. Soy supersticioso, y me parece que si se perdieron fue porque no tenían algún valor. Me parece que lo que se pierde o se olvida en materia literaria es algo que a lo mejor ni siquiera valía la pena escribir, en todo caso sólo eran detalles, cuestiones de logística. Lo importante es que un mes después de esa sesión iniciamos nuestro taller de literatura una vez por semana a las seis en punto en el comedor. Me gustaba la sensación interna de ser el dueño de la situación, pero evitaba que eso lo

notaran los demás, así que procuraba hacerlos sentir que todos estábamos en un mismo nivel, que ese taller era para ayudarnos con nuestros poemas, cuentos, acrósticos (sí, acrósticos), hai kais (sí, hai kais), pensamientos (sí... ipensamientos!).

Éramos doce en total, un buen número. Ni muchos ni pocos. Todos llegaban puntuales, repartían sus copias, escogían democráticamente los dos textos que analizaríamos en cada sesión y nos comportábamos discretos pero directos con nuestros comentarios. Obviamente las primeras reuniones fueron completamente absurdas. Nunca faltan comentarios pendejos en un taller o, peor aún, textos pendejos y en esa época ahí lo uno y lo otro sobraban. Hasta la fecha se me clava en el hígado aquel poema que Doña Anita le escribió a su nieta que cumplía quince años. "Quince Primavera" eran algo así como quince infiernos. Era un hecho, sus tamales eran una chingonería, sus poemas: una chingadera. Sin embargo, con un poco de paciencia, muchas recomendaciones de lectura, y mucha necesidad conseguí que poco a poco mis talleristas fueran tomando un menos transitado camino.

A los cuatro meses llevábamos un buen ritmo. Incluso yo esperaba con ansia el jueves en el comedor para ver qué de nuevo traía cada quién. Ya Felipe nos había sorprendido con su cuento sobre un niño que no conocía la letra e y nos había transportado a la memoria infantil de una manera sencilla y creando una atmósfera nostálgica y mágica, eran innegables sus raíces en García Márquez pero el cuento, el cuento era totalmente de Felipe. Deyanira siguió mis consejos y navegaba ahora por la prosa poética y debo decir que a veces con frases muy acertadas. Anabel, había optado por mover la atención de algunos de nosotros de su escote hacia la lectura de sus historias, como aquella que tanto nos hizo reír sobre una abuela que había comenzado a caminar tres kilómetros diarios a los sesenta años y que a los noventa caminó hasta desaparecer de la vida de su familia para esquivar un asilo.

El número de integrantes fue reduciéndose, éramos ya sólo ocho, pero estábamos los que debíamos estar. Me gustaba verlos intercambiar libros, recomendar películas, ofrecer comentarios de apoyo cuando los abucheos por más diplomáticos que fueran rasguñaban sus egos. Comenzaba a creer que no había un mejor lugar en el mundo para mí, seguía sin escribir mucho pero en realidad a quién le importaba si no lo hacía, quién estaba esperando mi primer libro, podía tomarme el tiempo que quisiera para hacerlo. Ahorita lo más importante era Bravo Editores, el diccionario, las pantorrillas de Deyanira y mi jueves literario.

## **La batalla que llegó sobre ruedas.**

Fue entonces cuando María Luisa, de contabilidad, rechinó por el pasillo hasta llegar al comedor. Quería entrar al taller, había logrado cambiar sus terapias para los miércoles con tal de estar con nosotros. Su llegada me fue indiferente. Fue obvio que para los demás no. Giró su silla de ruedas hasta acomodarse a mi lado, sacó varias hojas de una bolsa que colgaba de un lado, golpeó a Deyanira con ellas en el hombro y le indicó que las repartiera a todos. "Como es mi primer día me gustaría que primero leyeran mi cuento". La convencí, de veras que no sé cómo, de que esperara un segundo turno para que viera cómo se desenvolvía la dinámica del taller.

Revisamos primero un poema de Carmen, la recepcionista de la mañana. Mis talleristas iluminaban mi rostro cuando decían cosas como: *lugar común, cacofonía, rima asonante...* Claro que Carmen se hacía pequeñita, con lo que escuchaba aunque asentía con la cabeza cada vez que alguien comentaba sobre su poema "Al norte del camino". Llegó el turno de María Luisa. "En cierto modo estoy de acuerdo con todo lo que se ha dicho, el poema tiene en sí algunas fallas de forma, pero no podemos olvidar su fondo, creo que Carmen ha sabido recrear la nostalgia de quien deja el hogar para marcharse a la frontera, se equilibran bien los dos sentimientos, emoción y tristeza, haciendo que la voz poética..." . Los pies de Carmen parecían volver a tocar el suelo con cada una de sus palabras. Continuó sus comentarios diez minutos más. Era obvio que ella sabía de lo que hablaba, no puedo decir que yo no estaba de acuerdo con gran parte de lo que María Luisa dijo. No quise agregar más, me pareció que ella había cerrado bien nuestra lectura del poema, y aproveché la oportunidad para reiterar que estábamos todos en el mismo nivel, que en este caso yo dirigía un poco el rumbo del taller pero que no era el maestro, ni el jefe. Me sentí bien, el grupo se equilibraría un poco más, y nos enriquecíamos con la llegada de la secretaria contable cuya silla de ruedas ocupaba más espacio que Franco y su tremenda gordura.

Llegó el turno para el cuento de María Luisa. Hoy puedo decir que a las siete en punto de ese jueves de octubre comenzaba en silencio la batalla campal más larga y extraña que he observado y, aunque claro que nunca he observado ninguna otra, estoy plenamente seguro que no volveré a ver nada igual. El cuento era muy bueno, diálogos ágiles, personajes perfectamente bien delineados, silencios interesantes que abrían los paradigmas de la historia, quizás le hubiera venido bien cierta economía en el lenguaje pero en general estábamos ante un cuento redondo y bien escrito. Un cuento que nos convenció a todos de que su autora debía ser parte de nuestro taller, se ganó nuestro respeto y su lugar en nuestras tardes cómplices. Ella lo sabía. Agradeció lo que todos

tuvimos qué decir y coincidió con nosotros. Esto último me pareció un poco fuera de lugar pero de nuevo me pareció algo intrascendente.

Pronto, demasiado pronto, María Luisa sacó la casta; como decía mi padre sobre mi madre que renunció a todo con tal de casarse con él. En este caso nuestra compañera sobre ruedas hizo todo con tal de demostrar que **ella** era mejor que cualquiera de los que nos sentábamos en círculo a ayudarnos con nuestros escritos. Jamás volvimos a escuchar un comentario positivo de su parte como aquellos que dirigió a Carmen la primera vez; en cambio, era puntillosa con su crítica, al más decente de los textos lo mandaba literalmente al demonio, regañaba a los autores, les exigía leer por lo menos a los hermanos Grimm para poder crear tiempos/espacios verosímiles. Juro que hice lo que pude por mantener la calma, por hacerla entender que preferíamos las cosas de otro modo. Mis talleristas habían entrado al régimen de Pinochet, los pobres, obedecían ciegamente sus comentarios y quien osaba no tomarla en cuenta y hacer las cosas a su modo tenía que pasar por la pena de escuchar “Si tú piensas que así debe ser, pues allá tú” y rodaba un paso —¿una llanta?— atrás su silla de ruedas.

La situación se me estaba yendo de las manos, sé que estaba en mí controlarla, mantener la dimensión de las cosas en un nivel más aceptable. Lo peor de todo, sé que eso esperaban de mí los demás. Pero no pude hacer nada, soy tan débil como un tuberculoso en ayunas. Creo que comencé a temerle más a esa mujer que nadie más en el grupo porque el resto, por el contrario, no se dejaba minimizar por la más cruel de las palabras de María Luisa, quien inevitablemente siempre salía triunfadora.

Felipe fue el primero en enfrentarse a ella. Defendió su cuento policiaco hasta el final, no consiguió convencerla pero al menos logró convencerse a sí mismo de que su cuento —a pesar de ciertos detalles— era una materia trabajable. Luego fue Franco, Margarita, Deyanira, Miguel... uno a uno fue convirtiéndose en un frente nada fácil de derrumbar. Sin embargo, su estrategia defensiva no se comparaba a las artimañas de nuestra implacable enemiga.

Lo triste es que el lugar que me había ganado en el centro del taller se fue recorriendo al más apestoso rincón. Si en un principio los ojos de todos me rogaban una sabia y audaz intervención contra el enemigo sobre ruedas, poco a poco esos ojos me fueron dictando su desprecio y decepción. Me protegía de ellos diciéndoles con los míos que debía ser piadoso, pues nuestra compañera sufría de una discapacidad irremediable. Ni eso me salvaba de la ignorancia en que me tenían ya. Y es que tenía miedo, era como si el miedo robachicos, al cinturón, a la maestra, al fracaso, al rechazo femenino, a la violencia, a manejar, el miedo a casi cualquier cosa... los miedos, todos mis miedos se hubieran reunido en esa mujer que nunca dejaba de sonreírme, tocarme el hombro y decirme “¿Cuándo nos traes uno de tus poemas?” Como si no hubiera sido

suficiente robarme mi lugar, ahora amenazaba con poner a mi poesía en evidencia. O poner en evidencia que lo único de poesía que había en mi vida era aquella que guardaba en el cajón de mi escritorio, y que ni siquiera era de mi autoría, y mi pasión silenciosa —o licenciada— por Deyanira.

## **El ocaso.**

Mis días se tornaban grises; al taller se lo estaba llevando el demonio — literalmente—, estaba a punto de llegar a la equis en el diccionario y no sabía si mi contrato se prolongaría; Doña Anita anunció su pronta jubilación, yo no podía ni escribir un pinche verso y para acabarla de joder Deyanira optó por la moda de los pantalones bombachos —que no permitían ver sus fabulosas piernas— imagino que para castigar mi estúpida cobardía.

En pocas palabras, taller = valemadres, trabajo = terminado, tamalesclandestinos = adiós, poesía = inexistente, pantorrillas = tambiénadiós. Lo repito: mis días se tornaban grises. El fin se acercaba.

Un psicólogo diría que el resfriado que pesqué esa semana no fue un castigo de las lluvias de marzo sino un castigo de mi psique, un resfriado psicossomático, pues, resultado de las tensiones que me acongojaban. Como haya sido, me puse tan mal que me mandaron a casa y me dieron un par de días de licencia. La pinche fiebre me hizo alucinar a María Luisa rodando hasta mi cama, leyendo mis poemas -en el sueño sí había escrito algo y muy mal- y riéndose como loca, juro que hasta veía JA JA JA JA en letras mayúsculas negras y gordas volando alrededor de mi habitación, veía a Deyanira y a Anabel en hábitos de monja, a Doña Anita llorando recogiendo sus *pensamientos* hechos trizas en el piso...

El pinche resfriado se volvió una pinche pulmonía. Mis días estaban contados, pensaba yo. Don Heriberto decidió enviarme el material de la y para apurar el proceso. Franco fue a mi casa a llevármelo y llevó también noticias del taller. "No, güey, la cosa está café allá. Esa oficina se ha vuelto un infierno, mejor que estés enfermo porque también contigo la agarraban." El ambiente en la editorial estaba de la jodida, sabotajes, intrigas, malas vibras, malas caras y malas jugadas por doquier. A Doña Anita la despidieron antes porque los de arriba se enteraron de la venta de tamales, igual le pagaron y los compañeros le hicieron su pequeña despedida, pero con la pena del regaño ni la disfrutó. A Felipe lo cambiaron de piso. Deyanira y Margarita tuvieron que recapturar quién sabe cuántas cosas pues se perdieron unos diskettes que no tenían respaldo. Y a María Luisa se le jodieron las llantas de su silla. "Te digo que casi nadie se habla, el ambiente está gacho incluso con los que nada tienen que ver con el taller. Don Heriberto está que se lo lleva la chingada,

todo es un desmadre, faltan cosas, nadie está entregando a tiempo y sin Doña Anita, todo está desorganizado.” “¿Y el taller?”, pregunté. El taller seguía reuniéndose, María Luisa había tomado las riendas “como si no hubieran sido tuyas desde que llegó”, agregó Franco, y todo continuaba más o menos igual, a excepción de la vez en que Anabel cacheteó a Miguel por preguntarle si para su cuento erótico se había mirando sus propios y enormes senos.

¿Qué había pasado con ese paraíso que era para mí Bravo Editores con todo y sus secretarias, vendedores, contadores, impresores, diseñadores...?

Semana y media después, me dirigía a la oficina cuando dos patrullas y una ambulancia volaban sobre la misma calle. Se detuvieron frente al edificio viejo de Bravo Editores, una multitud rodeaba la entrada. No alcancé a ver nada. Sólo vi que subían a alguien a la ambulancia y que dos policías hacían una valla en las escalinatas de la puerta de entrada. Cuando la multitud finalmente se dio por vencida y se marchó, lo único que permaneció fiel al lugar de los hechos era la silla de ruedas de María Luisa con un pequeño lago de sangre y unas cuantas hojas que comenzaban a volar.

Me marché, me llevé conmigo a la y griega y a la zeta. Me quedé en mi casa encerrado dos días, no me atrevía siquiera a prender el televisor o a leer el periódico de mi padre. Ahora sí deseaba saber que no sabía nada. Y sin embargo sabía. O creía saberlo.

Una vez más en mi vida mi debilidad me había salvado y me tenía en un lugar seguro, en esta preparatoria donde a nadie le importa si enseño bien Filosofía, si antes escribía poemas y no cuentos, si una vez estuve enamorado sin realmente saberlo, o si un día dirigí un taller literario que acabó muy mal.

## Hombres y dentistas

(Porque te dejan con la boca abierta)

Leo en una revista de mujeres que más del 60% de las mujeres sienten algún tipo de atracción por su ginecólogo. Guácala, pienso, no sé si mi ginecólogo es alguien de quien me pudiera enamorar y no porque esté feo sino porque... no sé... ¿enamorarse del ginecólogo? No puede ser sano. Con los dentistas la cosa es igual. Puedes enamorarte de un dentista, hasta de un ginecólogo pero no de **tu** ginecólogo o de **tu** dentista. Al menos yo no podría.

— El doctor la atenderá en un momento.

— Gracias.

Dejo la revista por un rato. Las estupideces que una lee en un consultorio. Observo mis uñas. No soporto la tentación y muerdo esa que está rompiéndose de la orilla. Sí, estoy nerviosa.

Una niña frente a mí me observa. A su edad fui al dentista la primera vez. Él se llamaba Dr. Rogelio, fue el que me puso los frenos. Sólo por eso ya tenía las de perder conmigo. Imposible enamorarse de él. Además yo tenía unos 12 años. Estuve visitándolo como hasta los 16 o 17. Tenía los brazos muy velludos. No usaba la charola para sus instrumentos, con una facilidad los dejaba caer sobre mi, entonces plano, pecho. Me caía mal. Tenía asistentes jóvenes a quienes siempre llamaba mi niña o mi reina. Idiota.

Mi primer novio, Tomás, estaba conmigo en el coro, cuando acababa el ensayo íbamos a comer pizzas a La Fábula o a comer raspados a El Patio. Tomás estaba en el equipo de atletismo. Platicábamos mucho, me hacía reír. Nos pusimos de novios por teléfono. Después de ese día no volvimos a hablarnos, éramos noviecitos y no nos hablábamos. No más pizzas ni raspados. Un día se fue a vivir a otra ciudad y ya. Nunca volví a saber nada de él. No me acuerdo por qué me gustaba... quizás porque tenía dientes grandes, blancos y derechos y yo no. Idiota.

Otro dentista, el Dr. Enrique, se la pasó sacándome dientes, muelas. Las endodoncias. Era bueno, hubiera sido un magnífico maestro de preescolar pues todo lo hablaba en diminutivo. Vas a abrir la boquita grande grande, me decía, y yo voy a ponerte esta inyeccioncita, vas a sentir un piquetito nada más. Me sentía estúpida. Idiota. Idiotita.

Tuve un novio en la universidad que tenía los dientes muy feos. Como mal barajeados. Pero se reía tan a gusto, tenía una risa contagiosa. Era divertido. Con él fue al revés, nos pusimos de novios y entonces comenzamos a hablar, me hacía reír, me escondía en sus poemas. Yo lo escondía de mi mamá. Un día terminamos y no quisimos volvernos a ver. Idiotas.

Hace poco supe que el Dr. Rogelio había dejado a su esposa e hijos para casarse con una de 18 años. Dos años después se murió y dejó a su

joven esposa viuda y con muchos pacientes en espera. Me pregunto si al menos murió feliz. Me pregunto qué hubiera pasado si hubiera sido muy guapo y yo me hubiera casado con él cuando tenía 18 años. Nunca hubiera sido novia de Tomás, el Dr. Enrique no me hubiera sacado tantas muelitas y dinerito... y ahorita no estaría de vuelta en un consultorio.

Pero hay mujeres que sí se enamoran de sus doctores. El 60% en Estados Unidos dicen en la Cosmopolitan.

— Puede pasar.

## Quién hablará de nosotros

Cuando entré a la cafetería ella todavía no llegaba. El lugar aún estaba vacío, algo poco común en un Sanborn's por la mañana. Elegí una mesa al lado del ventanal. Es el tipo de lugar que Celia prefiere. Ordené un café. Encendí un cigarro. Dirigí la mirada al ajeteo de la calle y mi cabeza al futuro.

Después de unos minutos, las mesas fueron ocupándose. Meseras iban y venían. Me puse a pensar si no sería incómodo ese uniforme de falda tan larga. Es un atuendo raro. Ni mexicano ni de mesera... Las cosas que uno piensa mientras espera.

Finalmente la veo. Entró, se sacudió los hombros y acomodó su cabello, que un día es largo, otro día corto, un día castaño, otro día rojo. Esta vez era corto, rojo y mojado. Me pareció que la lluvia, instalada en la ciudad desde la madrugada, era la culpable de su retraso.

Apenas eran las ocho y media de la mañana y en ella se observaba un cansancio de final de día. Me levanté y antes de nada recibí sus brazos. Me acarició la mejilla izquierda, su favorita, su palma se paseó ligera y profunda a la vez. Siempre me ha sorprendido cuánta calidez cabe en una mano tan pequeña. Me besó. Nos sentamos uno frente al otro.

—Dime por qué quisiste que nos viéramos hoy y tan temprano. ¿Qué es eso que tienes que decirme?

Sonreí, mi Celia siempre tan impaciente, pensé. Me estiré un poco para tocar su cabello. Casi cada vez que la veía, lucía diferente. Pero siempre era la misma. Siempre había una cadena de plata en su cuello, unos pendientes pequeños en sus orejas, un color rosado en sus labios.

Pedí más café y uno para ella.

—No, mejor un té de manzanilla. El café en ayunas me cae terrible.

No toma café en ayunas. Eso no lo sabía. Tanto tiempo y no lo sabía. Quizás nunca nos habíamos visto tan temprano. Quizás nunca lo había mencionado. Ella miraba a la ventana, a mí me parecía que no observaba la lluvia, sino su reflejo. Nuestro reflejo. Yo mismo observaba también en el cristal a la pareja que éramos. Ambos observábamos, callábamos.

No lo podía evitar, quería fingir tranquilidad, pero mi nerviosismo era obvio. Un incesante golpeteo sobre el piso me descubrió.

Se acercó para tomar mi mano, la acarició muy ligeramente. Parecía decirme "tranquilo, tranquilo". Mientras, no sé por qué, me puse a pensar en aquella vez que se me rompió una muela y me acompañó al dentista. "No te preocupes, no te dolerá", decía, ofreciendo la misma caricia sobre mi brazo. Yo no podía más que sentirme avergonzado. Me veía embarcado en una de mis grandes fobias. Ella descubría mi otro yo, uno con debilidad por los pistaches y pavor al dentista.

Una pareja se sentó en la mesa de la derecha. Se besaban de cuando en cuando. Cada vez más prolongadamente. Para ellos no existía

nadie alrededor. En cierta forma sentí envidia por ese amor manifestado a los cuatro vientos. Ese amor que no se tenía que esconderse bajo la mesa. Ellos seguramente no tenían tantas semanas sin verse, pero parecía que sí sólo por la forma en que se miraban.

—¿Qué tanto piensas? ¿Estás nervioso?, me preguntó centrando sus grandes ojos en mí.

De pronto, todos en la cafetería esperaban mi respuesta. Yo, miré a la ventana, al pasillo, a las meseras, para encontrar algo que decir.

—¿Qué pasa?, estás muy callado. No lo entiendo. Tengo semanas sin saber de ti y de pronto me hablas para vernos con tanta premura, tú no eres así... Tuve que arreglar muchas cosas anoche para poder venir, me desvelé hasta las dos para terminar la programación, estamos en pleno cierre, a esta misma hora tenía que... No importa, estoy aquí, pero quiero saber por qué.

Ella es así. Siempre es así. Demasiadas explicaciones. Así me gustaba, así me gusta. Se queja y me gusta. Reprocha mi ausencia de tres semanas y qué tiene. Yo no sabía cómo comenzar. El día anterior ensayaba lo que iba a decirle. Había pasado las últimas tres semanas en vueltas para arreglarlo todo. Estaba a punto de ponerle fin a nuestro amor de uno o dos días a la semana.

De pronto, el silencio, sus ojos negros, su cabello rojo, la lluvia, todo alrededor o nada en particular despertó en mí un enorme deseo de besarla. Seguí ese impulso, me acerqué y la besé. Al principio se resistió, preocupada tal vez porque este es un lugar público. Terminó por ceder y se negó a que el beso terminara. Fue como algo nuevo. Mientras nos besábamos, en mi cabeza volaban tres preguntas: "¿Quién hablará de nosotros?", "¿Habrà alguien más observándonos, como yo he observado a esa pareja?". "¿Siempre hay alguien mirando a alguien?"

Nuestro beso terminó en risas, en rubores. Ella por haberla tomado así, por sorpresa. Yo por lo que seguramente nadie decía de nosotros en esa cafetería. Finalmente, hablé:

—Te he pedido que vinieras porque he tomado una decisión y no podía esperar para decírtelo. Acepté lo de Costa Rica. Aumentaron el ofrecimiento y me parece que es una buena oportunidad.

—¿Costa Rica?

Me miraba, ahora todos esperábamos algo de ella. Ella buscaba palabras en el ventanal, en la mesa. Y luego dijo,

— A Costa Rica la llaman la Suiza latinoamericana, ¿sabías? Allá comen muchos plátanos, en cóctel con todo y cátsup, en ensaladas, en sopas. Plátanos en todas partes.

El comentario fue extraño. Yo esperaba otra cosa. Sentí que algo se me agolpaba en la garganta. Quise no decir más y decirlo todo. Todo lo que no nos decíamos.

—¿Cuándo se van?

—No. Yo voy solo. Todo se ha acabado. Quiero que tú vayas conmigo, que estemos juntos ya.

Quería que ese **ya** le recordara todo este tiempo que no habíamos tenido juntos. Todo este tiempo en que cada quién tenía su vida hecha aparte. Todo este tiempo en que buscábamos el modo de vernos a escondidas porque esa era la única forma de ser “nosotros”. Ambos sabíamos que lo mejor era no perder la cabeza.

Cuando dos se ocupan en no perder la cabeza, finalmente uno lo hace sin remedio. Yo lo hice. No podría explicar por qué o cómo. Simplemente lo hice. Busqué mi reflejo en la ventana, quería ver mi cara esperando, de nuevo esperando algo de ella.

El silencio se alargó demasiado, decidí pedir el menú. Celia ordenó un plato de frutas y yo unos huevos a la mexicana con una cantidad extra de chiles.

—No sé cómo puedes comer tanto picante.

Pasamos las dos siguientes horas hablando prácticamente de todo, incluso de la pareja que estuvo sentada cerca. Me dijo que siempre le había parecido ridículo ese uniforme de las meseras de Sanborn’s.

—No puede ser cómodo.

Reímos. Hablamos como nunca. O como siempre. La lluvia cesó. Poca gente entraba ya al café. Todos estaban en sus ocupaciones. El mundo entero se escondía en una oficina.

Se despidió.

—Tengo una cita a las once y media, dijo mientras se ponía su saco. ¿Me hablas mañana?

Pagué la cuenta y reviví sus palabras mientras esperaba el cambio: “Costa Rica es un lugar pequeño y verde, he sabido. Ese será mi sueño de aquí a que regreses dentro de un par de años. Un lugar pequeño, verde, con plátanos y con un hombre que toma café en ayunas. Un hombre que extraña sus huevos a la mexicana y a una mujer que guarda a su muela víctima de un pistache.”

Me acerqué a la puerta, la ciudad tenía ya otro tono de gris, uno más oscuro, uno más frío. Me marché justo antes de que comenzara a llover otra vez.

## Miradas cruzadas

*El silencio se había apoderado del taxi. Incluso parecía que también de la ciudad. Era como si le hubieran bajado el volumen a todo lo que estaba alrededor. Las personas, los autos, las sirenas, movían los labios sin emitir sonido alguno. Recorrían un camino más que conocido y sin embargo lo veías y lo examinabas profundamente, quizás esa sería la última vez. No recuerdas cuando experimentaste este mismo miedo. Se vienen a tu cabeza un par de accidentes en bicicleta, un par de reprimendas paternas. Miedos infantiles. Y este es un miedo adulto, ahora ya no puedes soltarte a llorar ni llamar a tu madre.*

*Las manos te sudan, pero no dejas de apretarlas. Observas las de Rafa que se mantienen intactas en sus muslos. Te parece que solloza ligeramente, sin embargo, no lo escuchas. Quieres decirle algo para calmarlo. Las palabras detienen el vuelo en su perfil, que siempre será el de Irazema.*

— Agarra mejor por Periférico.

— Pendejo, me lo hubieras dicho antes.

El taxi se mantiene en el mismo carril, recorre velozmente la avenida. El copiloto señala un banco.

— ¿Por qué chingados me dices las cosas cuando ya ni puedo llegarle?

El que maneja es más joven que el otro. Sus pasajeros son aún más jóvenes. Los metieron al carro como todos unos expertos, pero su comportamiento no demuestra que tienen años en el oficio. Ahora toman por una calle muy angosta y oscura.

*Te gustaban especialmente sus dientes separados, la hacían humana. Te parecía que sin ellos Irazema sí hubiera sido una verdadera diosa. Te lo decías a diario, cada vez que la veías. Era un martirio que la mujer de tus sueños estuviera en el salón de enseguida... tan cerca y tan lejos.*

*Era el último año de la preparatoria, habías dejado pasar dos sin atreverte a hablarle, sin siquiera rozar su hombro durante los honores a la bandera. Sabías que si querías algo con ella tenías que hacerlo pronto, el tiempo corría. Fuiste a todas las fiestas pro-viaje de graduación que hubo y en ninguna sola bailaste. Permaneciste en la banca esperando que la pareja de Irazema se rompiera un tobillo para entrar al quite. Nada. Nunca ocurrió algo que te permitiera estar a su lado. Nunca respiraste el perfume de su cuello. Tú. Siempre testigo. Nunca protagonista.*

— Te dije que no estaba seguro.

— Imbécil, ¿y si no estabas seguro para qué agarraste por acá? A ver, date la vuelta en la siguiente y tomamos otra vez Madero.

Los pasajeros miran a la ventana sin descanso. Como si ser vistos por alguien asegurara su salvación. Era tarde y los pocos que aún deambulaban en las calles tenían sus propias cosas en qué pensar. La gente parece buscar respuestas en la banqueta. El desinterés es el más antiguo habitante de esta ciudad.

*Recuerdas que así conociste a Rafa. Él también era un tipo flaco y con poca suerte, como tú. Sus miradas se cruzaron en la pista de baile. Hablando, hablando le confesaste ser un hombre enamorado. Hablando, hablando te confesó ser uno también. Resultó ser hermano de Irazema. El destino les ofrecía su primera jugada.*

*Ser amigo de Rafa era la oportunidad de estar cerca de ella, es cierto, pero ser amigo de Rafa no era sólo eso. Pasaban las tardes y los fines de semana de tu casa a la suya y de la tienda a los videojuegos. Su amistad no representó nada en tu conquista de Irazema. Ella seguía estando una pared lejos de ti, eras el mejor amigo de su hermano gemelo y ella ni siquiera te dirigía la palabra... Te consolabas pensando que no era algo personal. Si no le hablaba a él aunque hubieran compartido un vientre, mucho menos a ti con quien no compartía ni un salón de clases. Estabas enamorado. Lo que sentías tenía ese carácter definitivo que sólo se le adjudica al amor cuando se tiene cierta edad.*

Los pensamientos frenan de golpe junto con el taxi, un estacionamiento vacío —cosa extraña aún de noche—, a la izquierda se observa un cajero automático. Cualquiera lo hubiera imaginado. Un piquete en la espalda de cada uno los baja del auto y los lleva hacia allá. Uno de los pasajeros tiembla, tiene la mirada perdida. Él también clava su interés en la banqueta. El copiloto le grita y este recibe las palabras como si fueran en otro idioma. No entiende. Le vuelve a gritar. Él sigue sin entender.

—El NIP Rafa, el NIP, tu número, la clave de la tarjeta, dáselo Rafa, mejor dáselo.

Un empujón hacia la pared despierta a Rafa. Como un verdadero zombi se acerca al cajero, mete la tarjeta, teclea un número. Se escucha un llanto, pero no es él. Es el otro. Quizás él suponga que esto no parará aquí, pocas veces para aquí. Quizás se arrepienta de haber estado en esa taquería justo a esa hora, quizás se arrepienta de haber llamado un taxi cuando hubieran podido caminar.

—Este cabrón no tiene ni un pinche quinto en la tarjeta.

El más alto empuja a Rafa para quitarlo de ahí, quita la tarjeta y la avienta al piso. Luego jala al otro, este ya tiene su tarjeta en la mano. La mete. Teclea un número. Luego otro. Se detiene. Observa el tablero como si no tuviera idea de lo que es. Antes de teclear una vez más, uno de los ladrones lo estrella al cajero.

—No te estés haciendo el pendejo. Acuérdate del número o te lo recuerdo a chingazos.

Un segundo. Dos. Tres. Teclea los últimos números. En ese pequeño lugar de cristal dos tipos sonríen y festejan. Dos tipos más, callan y temen.

*La posibilidad de estar cerca, muy cerca de Irazema, se desvanecía conforme el ciclo escolar llegaba a su fin. Rafa corría la misma suerte con Mayra. Eran dos compas en la misma situación. Pero ya para entonces el amor no era el único dilema en su cabeza. Estaban por terminar la prepa y se acercaba el momento de decidir nada más y nada menos que su futuro, el oficio que ejercerían para siempre. Estaban en las mismas, no sabían qué hacer con sus solitarias existencias. Hicieron varios exámenes que les aseguraban un gran futuro como ecologistas, como matemáticos, como ingenieros, como contadores, como geólogos, como biólogos. Irazema ya había decidido irse a estudiar inglés y regresar para estudiar contabilidad, enamorarse, casarse, retirarse y tener una casa grandísima. Tú definitivamente no estabas en esos planes, pero podías estarlo. Te daba pena admitir que creías en ese cursi dicho que dice que la esperanza es lo último que muere. Después de su accidente, lo dudaste por completo. Incluso, llegaste a pensar que por creer tanto en eso Irazema se marchó de este mundo. Segunda jugarreta del destino.*

De nuevo al taxi. El tipo que acaba de quedarse sin dinero le señala al otro un hilito de sangre que sale de su nariz, éste se limpia preocupado, como si quitarse un poco de sangre le borrara el aspecto de secuestrado que trae. Se limpia como si eso lo fuera a salvar.

—No me estés chingando, mejor me paro aquí y manejas tú.

—No mames.

—Pendejo, ni has de saber manejar de cambios, ¿no?

*Te cuesta trabajo admitir que de no haber ocurrido lo de Irazema quizás estarías estudiando lo más mediocre que se hubiera puesto en tu camino con tal de estar cerca. Sabes que a Rafa le pasa igual. A ambos les duele pensar que su muerte los trajo a esta ciudad, a descubrir un mundo más abierto y con tantas posibilidades. Nunca hablan de ello, de la muerte de Irazema, es decir. Prometieron dejarlo en el pasado. Prometieron. Pero nunca se dieron cuenta de que el pasado permanece, se puede callar, pero permanece. Como un tatuaje invisible en un brazo. O en el pecho.*

*En esta ciudad aprendieron en una semana lo que les hubiera tomado años en aquella. Aquí es donde Rafa y tú comprenden que la*

*amistad no tiene límites y que la vida sí. Qué ironía. Vives aquí para sufrir menos la ausencia de Irazema y compartes el techo con su gemelo, la imagen masculina de ella. Él vive aquí para sufrir menos que sus padres lo hayan enterrado a él también y vive con alguien que tampoco deja de pensar en su hermana.*

*Los que van atrás se han dormido con los ojos abiertos. De pronto se encuentran frente a un paisaje que no conocen, observan tras la ventana e intercambian miradas. Se dicen en silencio ¿qué esta ciudad no termina nunca? Las luces han quedado atrás y más allá, la oscuridad borra todo. Ambos tiemblan, de frío, de miedo. ¿Es este el fin?*

*A pesar de todo lo que les dijeron de esta ciudad, decidieron vivir y estudiar aquí. No les había ido tan mal. La soledad de la que tanto hablan los que tampoco son de aquí y que se asoma en cada calle, puerta, escalón no se les ha puesto enfrente. Pocos comprenden este vínculo entre Rafa y tú. Ni ustedes mismos lo comprenden en realidad. Para el resto de la gente es más fácil creerlos enamorados el uno del otro. Para ustedes, es más fácil no creerlo. De cuando en cuando te gusta pensar en la línea esa de la canción y recordarte que ustedes: ‘... are just two lost souls, swimming in a fish bowl, year after year.’*

*Las luces están allá abajo. La ciudad está allá abajo. De las cuatro personas que llevaban horas dando vueltas en el taxi, dos se han bajado a discutir. Los otros dos siguen compartiendo el silencio. Mientras las palabras se aquietan, sus respiraciones se aceleran.*

*—¿Tienes miedo?*

*Una cabeza dice que sí. Y antes de que alcance a preguntarle lo mismo al otro la portezuela se abre. El gordo lo toma de los hombros hasta tumbarlo en el piso. El que se queda adentro agacha la mirada, ruega en voz alta que no le hagan nada, que no le hagan nada. No hay nada más absoluto que los gritos de alguien que está siendo golpeado.*

*—Yastuvo. Déjalo. Que se vaya a la chingada.*

*—Yo decido si yastuvo. Yo digo cuándo. ¿Verdad, cabrón? ¿Verdad que no te has cansado, que todavía aguantas?*

*Después de patearlo varias veces le ha dicho que se levante y se largue, él se limpia la sangre de la frente, se levanta con dificultad. Luego, mira a su amigo. Él le devuelve la mirada. Es un instante pequeñísimo en que sus miradas se cruzan, puede que se digan cuídate o sálvate.*

*Rafa te da la espalda, emprende el paso. Mientras se aleja agradeces que esté a salvo. Pero, también te preguntas ¿por qué él? ¿por qué él y no tú? A pesar de cuánto lo quieres, de que su amistad es todo, ahorita desearías que fuera su destino el que se quedara estancado en este taxi. Te odias por pensar eso, y te preguntas si él se siente feliz por tener la suerte de marcharse. Aquí ya no hay nada, te dices, y cierras los ojos.*

*—¿Qué te traes pendejo? Deja de apuntarme con eso.*

*Un tiro.*

*Dos tiros.*

*Un portazo.*

*El taxi sale veloz y deja una nube de polvo tras de sí. El volumen de la ciudad ha vuelto a la normalidad pero ya es demasiado tarde, todos duermen.*

*El silencio sigue reinando aquí.*

## Unos cuantos peces de colores

*Lo terrible del mar,  
es morir de sed.*  
Cerati

Era de un azul casi transparente; se podían ver unas líneas diminutas a través de él. Sus vísceras, vértebras, sus... sépa-dios-qué... Javier sabía muy poco de peces. En realidad nunca le habían llamado la atención.

Mantuvo sus ojos en la pecera redonda un rato más. ¿Era bonito? ¿Cómo podía saberlo?, no tenía un punto de comparación. Ese pez era extraño. Extraño al menos para ser el regalo de Mirza por su aniversario. Este es un regalo original, le dijo, una loción o una camisa le parecieron demasiado ordinarias. Pero él no veía en ese animalucho un símbolo de originalidad. La relación entre ellos en los últimos ocho, nueve o diez meses le ofrecía con escamas la indiferencia a la que habían llegado.

Javier no se quiso dar el lujo de sentirse mal, ni de analizar este nuevo movimiento sobre el tablero doméstico. Sin embargo, no pudo dejar de imaginársela conduciendo su caribe rojo por toda la ciudad buscando algún regalillo equis. Mirza encuentra una tienda de animales. Los peces están en oferta. Entra. Compra. Y sale feliz con una pecera en las manos. Así la imagina.

A Javier le pareció que había una distancia enorme entre el reloj del año pasado y ese pez. Entre ese pez y el suéter que él le entregó a cambio. Pero no dijo nada. Simplemente se dedicó a verlo y a ignorar que el amor seguramente ya no flotaba en el alma redonda de su mujer.

Un mes después le instalaban una pecera rectangular en una mesa de su estudio. Dos peces esperaban ansiosos a mudarse de esa pequeñez, al amplio complejo con tubos, piedras y estrellas de mar. Nunca hubiera pensado que te interesarías tanto por los peces, le decía Mirza mientras se apoyaba en su hombro sin que él pudiera sentirla. Él sólo escuchaba atento las indicaciones de limpieza que le ofrecía el tipo del acuario. Disfrutaba su pecera. Una cerveza negra, un cigarro y un mundo marino frente a él parecían ser suficiente.

Más peces fueron llegando. Mirza miraba enternecida a la pareja de peces que flotaba frente a ella. Preguntaba, preguntaba mucho y de él sólo recibía monosílabos. Se sentía una forastera en ese nuevo país que se había estado construyendo en los últimos meses. Sólo cuando él se ausentaba conseguía adueñarse de ese lugar, se sentaba a observar algo que pertenecía a alguien más. Así no era como lo había planeado cuando decidió comprarle la pecera, se trataba de que ambos compartieran un nuevo hobby. Sin embargo, él no parecía muy interesado en hacerlo. Y, claro, ella tampoco se atrevía a solicitarlo. Con los años, es más difícil que las palabras salgan solas, piensa.

Se preguntaba qué se sentiría flotar todo el día en el agua... si alguno de esos ángeles acuáticos sentiría lo que ella. Mirza flotaba en dudas. Si él todavía la amaba, si no... si ella todavía lo amaba... ¿qué está diciendo?, claro que lo ama. El tiempo no había disminuido la cantidad de besos que ella quería depositar en Javier. Sólo que el tiempo parecía haber aumentado la distancia de él hacia ella.

La biblioteca comenzó a llenarse de libros sobre peces. Pronto, él se convirtió en todo un sabio del mundo marino. En la libreta de teléfonos debajo del número de la Cruz Roja estaba bien delineado el número del acuario y del veterinario. Nunca se habían utilizado de emergencia pero... Uno nunca sabe, pensaba él.

Se acercaba el siguiente aniversario. Ambos se preguntaban en silencio a dónde se había ido este año y si había algo que celebrar. ¿Cuántas veces Javier no estuvo a punto de abandonar sus peces por un rato para sentarse al lado de Mirza que calificaba exámenes de niños que odiaban las matemáticas? ¿Cuántas veces no deseó ella mandar esos mismos exámenes al demonio y sentarse en las piernas de Javier a mirar unos cuantos peces de colores?

Si el matrimonio es como un tablero de ajedrez, en este tablero nadie recuerda ya a quién le toca mover. Las blancas y las negras se miran, no saben qué hacer. Después se esquivan, miran el piso blanco y negro. Suspiran.

Mirza decide tomar clases de yoga, alguien le recomienda el Tai-chi, otra amiga la psicoterapia. \$250 pesos semanales para decir en voz alta lo que se piensa en voz baja. Se siente en una encrucijada: ¿mueve una pieza o simplemente la deja caer y se rinde? Mirza inhala, exhala, cierra los ojos, los abre. Saca su cartera y paga para que alguien le dé respuestas, mientras ella trata de inventar preguntas.

Las piezas permanecieron alineadas por un tiempo más.

Ella ensaya en silencio la mejor forma de hablar. Él practica a solas la mejor forma de escuchar. Finalmente le dijo: Se acerca nuestro aniversario.

¿Ajá? —contestó él—, escondiendo la fecha marcada en su calendario. Un peón se adelantó en el tablero. Otro más de aquel lado. Quisiera hacer algo distinto. Necesito vacaciones. Yo también. Hace mucho que. Tienes razón.

Las reinas, peones y alfiles se sacuden la modorra, estiran su cuerpo y coquetean. El juego ha comenzado. Mirza y Javier sonríen. Deberíamos salir. La playa. ¡Sí! Ver peces en su medio. ¿La Paz? ¿Las ballenas? ¿Y tu trabajo? ¿Me quieres?

Las piezas en el tablero cruzan sus caminos. Como antes. La conversación se alargó hasta la medianoche. Luego, volvieron los suspiros. Los besos en el cuello. Y el techo de su habitación se convirtió en un cielo...

Unos cuantos peces flotan frente a ellos. Mirza y Javier los observan.  
Comparten una cerveza negra y un cigarro blanco. Como hace años.  
En la habitación, sin embargo, ha vuelto a reinar el silencio.

## Y Sabina bailó en El Infierno

*Quando despertó  
no recordaba nada de la noche anterior,  
"demasiadas cervezas".*

Joaquín Sabina

Era la primera vez que se presentaba en la ciudad. En el periódico apostábamos a que no llegaría. Estábamos seguros que a última hora las autoridades de la universidad (que lo traían para celebrar el 60 aniversario del Alma Mater) explicarían que por razones fuera de su control (siempre las hay) no se llevaría a cabo la presentación de Joaquín, el gran artista español. Pero no fue así.

Desde hacía unas semanas en la radio se escuchaban sus canciones, una tras otra (algo rarísimo para los que pensamos que su música no es tipo hit parade). Amigos radioescuchas esa fue *Camas vacías* y en unos momentos más su gran éxito, *Y nos dieron las diez...* Todas las estaciones de la ciudad orquestadas en su honor.

Sandra y yo iríamos al concierto con Edith y Marco. Hacía apenas unos días, reunidos, escuchábamos *Nos sobran los motivos* (el disco favorito de Marco). Mientras yo trataba de olvidarme de los motivos de Joaquín en el hombro de Sandra, mi mejor amigo nos leía un texto de Benjamín Prado:

"Es un placer exquisito olvidar las canciones de Joaquín Sabina para volver a disfrutarlas otra vez por primera vez; cortarlas por la mitad para que cada una de ellas se convierta en dos y poder beber todo su zumo. Son canciones inteligentes, comprometidas y emocionantes... quitan la sed, agudizan la vista, descifran el corazón y mueven la conciencia."

Marco realmente piensa que Sabina canta aquello que todos pensamos y no sabemos expresar. Su música nos redime y nos obliga, cabrón, repetía. Tiene un algo que te llega dentro. Le pregunté si eso era un albur. Güey, yo no sé cómo sobreviven ustedes, los que no escuchan a Sabina, me dijo.

Discúlpame, cada quién... es más fíjate que... le dije lo de la rueda de prensa. Una cena con él en El Aserradero. No sabes cuánto te envidio compadrito, dijo Marco (antes de un trago de tequila). No sabes cuánto te envidio, repitió Marco (después del trago de tequila). Vas a estar con Dios. No blasfemes (Edith entró ahora en acción). Marco le dijo: No es blasfemia, es la puritita verdad o ¿De qué otra manera te explicas la perfección de sus canciones, el pleno conocimiento del sentir humano? Marco era un sabinista sin duda alguna (fuera de eso era una persona bien normal). Eso no lo hace Dios, lo hace un buen compositor, es un buen compositor eso es todo. Edith olvidó que después de cuatro cervezas y dos

tequilas, para Marco, Sabina era Dios. Antes de que la discusión se prolongara (y llegara al punto ese en que Edith con tres cervezas y un tequila le dijera que en todo caso José Alfredo Jiménez sí era un poco Dios y que se dejara de chingaderas o dormía en el sofá), Sandra los interrumpió y me dijo (mientras acariciaba mi cabello) deberías enviarle tu libro. Sí, Poncho, mándale tu libro al hotel. ¿Dónde lo van a hospedar? ¿Mi libro? ¿Mi libro?

La música es mi vida. El periodismo al que yo me quería dedicar se alejaba mucho del de goles, *knock-outs* y *hits* que mi padre y mi abuelo habían ejercido en distintos medios de comunicación. No quiero cansar a nadie con una historia de dimes y diretes entre mi padre y yo. A fin de cuentas él terminó por aceptar (aunque no entender) mi carrera. Y yo terminé por aceptar (aunque no entender) su voto de silencio. Mi apellido benefició la entrada al periódico. Mi obsesión (y conocimiento) por la música y las letras me permitió adscribirme en la sección cultural (donde se adscribe a la gente a la que no se sabe a dónde adscribir, como dice Javier Cercas).

El edificio del periódico es un mundo pequeño. Un submundo. Un territorio dividido por rangos, sueldos, música, café y cocacolas. Caminas en sus pasillos y sabes cuándo sales y entras a cada territorio guiándote sólo por la música que dejas atrás y la que te espera enfrente. El país de las secretarías ejecutivas lo gobierna Luis Miguel. El de las administrativas Cristian Castro. Bajas con los de imprenta y rige La Banda El Recodo. Subes con los redactores y escuchas una mezcla de OV7, Los Tigres del Norte, Paquita la del Barrio, Sin Bandera, Shakira... Pero entrar con los editores es otra cosa. Ahí, donde se gestan las ideas para la siguiente edición, se escucha a José Alfredo, siempre a José Alfredo.

Así, ahí, nació una biografía cuyo borrador cayó en las manos de un corrector que la pasó a un editor, que a su vez la entregó a su compadre, el Carlos Sánchez; este último tenía una pequeña editorial que publicaba pequeños libros (como el mío) deseando que se hicieran grandes (como los de otros). Me ofreció editarlo. Sandra me convenció (mientras acariciaba mi cabello) que debía tomarle la palabra.

El libro fue publicado en el 98. En la presentación cantó Hilda Castillo. Edith leyó un texto que se llamaba: "José Alfredo Jiménez, geógrafo del mapa del corazón mexicano". El contenido era mejor que el título.

Convencido de que no tenía qué perder (ni qué ganar) lo hice llegar a Joaquín Sabina. Imaginé mi libro en el tocador de su habitación (sirviendo de apoyo a una partitura). O en el piso (deteniendo la puerta del baño). Era difícil (si no imposible) imaginarlo en la mesita de noche (bajo sus gafas y con una servilleta separando una página de otra).

El Aserradero es famoso por dos cosas. El cabrito y Micky, el jotito que sirve el caldo de menudencias. Cuando llegué, encontré a Micky

convencido de que rubor, pestañas rizadas y *lip-gloss* harían honor a su estrella favorita. Estoy esperando que llegue, yo lo voy a atender. Yo quiero ser una chica Sabina (intercambié risas con él). En el reservado ya estaban los reporteros y editores de noticieros, periódicos y revistas de la ciudad (todos menos yo).

El tipo llegó puntual. Saludó a todos mostrando su sonrisa frágil de fumador. Estrechó algunas manos. Se sentó a la cabecera. Dicen que el cabrito de aquí es famoso hasta en Ginebra, declaró. Micky soltó una gran carcajada. Un segundo (y un centímetro) antes de sentarse, elevó su cuerpo, nos miró a todos y preguntó: ¿Quién de ustedes es el escritor? Tardé en recordar que era yo (de hecho, no alcé la mano por si acaso había otro). Creo que yo, le dije. No lo he leído aún, pero debo confesaros que José Alfredo es mi ídolo. Sé que vuestro libro me gustará.

Mientras bebía mi cerveza pensaba en lo que me diría Marco cuando le platicara que Joaquín Sabina se chupaba los dedos al comer cabrito. Joaquín se portó a la altura. Sencillo. Español. Nos dijo abiertamente: Si yo me muero mañana, la disquera vende un millón de copias en un mes, y la gente empezará a decir que el imbécil, insoportable y borracho de Sabina era un tipo de gran corazón. El hielo se rompió y la cena duró lo que tardó en llegar el tequila. El lugar se convirtió en una gran fiesta entre amigos. Me acerqué un poco (debía pasar el bochorno de pedirle un autógrafo para Marco). Me dijo que en realidad vino a la cena porque quería conocerme (no me lo creí). Hablamos de José Alfredo, le dije que se parecía a él (no me lo creyó). Le expliqué que J.A. también bebía tequila como si se fuera a acabar y fumaba como trailer. Se rió. Fue una cosa rara, hicimos click y nos empezamos a dar carrillas. La gente se fue despidiendo. Hay que hacer la nota, hay que hacer la nota, decían. Yo no me iba (no quería). El no se iba (no quería). Y nos dieron las diez.

Este es Poncho Zamora, le dijo a su mujer, ha decidido que tenemos que ir a El Infierno. Ella abrió los ojos grandes grandes. Le expliqué que El Infierno era una cantina de renombre. Se rieron. Aunque si prefieren podemos ir a otro lugar más tranquilo. No, no, Sabina quiere ir al Infierno (insistió). Le llamé a Sandra. Alcánzanos ahí. ¿Le avisas a Marco? Claro. Oye, ¿qué me pongo? Lo que quieras. Listo, al Infierno. Andar por las calles en una Ford Lobo con Joaquín Sabina en el asiento de atrás, ser escoltado por la policía y pasarse todos los semáforos de la Reforma, no pasa todos los días.

Llegamos a El Infierno, el hogar de las mejores teiboleras de la ciudad (también de las peores). El lugar estaba tan ruidoso como siempre. Si quieren vamos a otro lugar (insistí). No aquí se está bien (insistió). Este es El Paraíso.

Pronto se corrió la voz de que ahí (en El Infierno) estaba Sabina. Y las teiboleras se empezaron a acercar (y quisieron su autógrafo). Y las teiboleras sacaron sus cámaras (y quisieron retratarse con él). Y las

teiboleras se entusiasmaron (y quisieron tocarlo). Y las teiboleras estaban felices (y quisieron sacarlo a bailar).

Y Él bailó.

Yo, Alfonso (Poncho) Zamora, hijo de Manuel (el Nel) Zamora, nieto de Raymundo (el Mundo) Zamora estaba ahí, controlando a las teiboleras de Joaquín Sabina. Hagan fila, hagan fila. Tranquilas, ¿quién sigue? Una servilleta al DJ (para que pusiera una de José Alfredo). Una señita al mesero (para que trajera más tequilas). Su mujer sonriente (por la música, por el tequila).

Comenzó una canción tranquilita. A Sabina lo apretaban, su cuerpo pegadito a un escote y a una minifalda. Cachete con cachete. Mientras lo observaba pensaba que en cuanto llegara, le diría Marco que su ídolo había bailado una de Julio Iglesias. Pensé en que sería chingón mencionárselo a Joaquín (me pidió que dejara de llamarlo Señor Sabina).

Regresó de bailar, a descansar (y a tomar otro tequila). Se sentó. Lo observé. Tomé un sorbo de tequila. Aclaré mi garganta, ejem, ejem. Y le dije: ¿Te has dado cuenta de que bailaste una canción de Julio Iglesias? (largo silencio, miradas) Hijoeputa (reventó), ¡Te diste cuenta! ¡¿Tenías que decírmelo! (Me pregunto si todos los españoles hablan como si estuvieran encabronados contigo y a punto de matarte). Pensé que así, ahí, había echado a perder la noche, Marco no me lo iba a perdonar...

Por un minuto gobernó el silencio. Era como si El Infierno mismo estuviera bajo una pausa crucial.

Sabina garabateó algo en una servilleta. Se la dio al mesero. Baila con mi mujer, me dijo. No estaba dispuesto a decir que no. Comenzó otra canción de Julio, esa que todos odian. Sabina reía, fumaba y brindaba en la mesa. Su mujer y yo compartimos una verdad: esa canción de Iglesias era como la declaración de un futbolista derrotado.

Cuando volvimos a la mesa, besó a su mujer, me dio un golpe en el hombro y me dijo: Si tú dices que yo bailé una canción de Julio Iglesias, yo diré lo mismo de ti. ¿Qué diría Marco cuando le dijera que Sabina me gastó una broma?

Sandra llegó. ¿Ves?, te dije que debías mandarle tu libro, me dijo en secreto (mientras acariciaba mi cabello) y ambos observábamos a Sabina bailar con su mujer. Enamorados.

Marco llegó más al rato. No mames cabrón, ¿Él está aquí?

La noche siguió entre tequilas, fotos, cigarros. Y Sabina bailó toda la noche en El Infierno.

# Gente como uno

a Natalia

## I

Si nos encontrábamos con una escalera le sacábamos la vuelta. Mi madre me jalaba del brazo y me quitaba del camino. Si estábamos comiendo y alguien pedía la sal, ella acercaba el salero pero jamás lo daba o recibía en la mano. Qué locura cuando veía un gato negro, se cubría los ojos, "que se vaya, que se vaya", decía. Aprendí a hacer lo mismo. En estas y otras circunstancias. Desde morrito eso era lo normal. Cuando la gente nos miraba como *freaks* por cualquiera de nuestros hábitos, mi madre — incluso antes de que yo preguntara— me decía: "No hagas caso, Hans, ellos no son gente como uno".

## II

Su vida es una larga cadena de costumbres que sigue al pie de la letra, porque así lo hacía su madre, la madre de su madre, la madre de ésta, y así hacia atrás, hasta llegar a un punto desconocido. La suya, es una familia de madres solteras que pensaban que aunque el destino ya estaba escrito, uno debía hacer lo posible por cuidarse de él. Para la madre de Hans el problema no fue quedar embarazada a los 17 (como su mamá, su abuela, su...), sino que su único hijo naciera en un martes 13 y mostrara a la partera, antes que nada, el pie izquierdo. Por ello, dedicó su vida a ser guardiana de su futuro.

## III

Evito levantarme con el pie izquierdo, me acuesto con una mano sobre el pecho y otra sobre el vientre. No cruzo bajo las escaleras, esquivo gatos negros y saleros, cuelgo un ojo de venado en mi cuello. Dejo vasos de agua en varios rincones de mi apartamento. Si digo algo que pudiera confundir mi futuro, toco madera, tres veces. Una vez al mes voy a que me lean las cartas y, por supuesto, leo mi horóscopo cada mañana. En mi alacena nunca faltan hojas de laurel, velas blancas, pelos de elote, arroz... La gente como uno hace eso. Soy extraño para los demás. Los demás me son extraños.

## **IV**

Esa tarde en esa esquina, apostó que lograría cruzar la calle en doce pasos. Su premio: Mercedes.

Calle: 11 pasos (y medio).

— Nada mal.

Para cualquier persona lo más fácil sería hacer trampa, acomodar los pasos —muy cortos o muy largos— para cumplir el objetivo, pero ¿engañar al destino? Imposible. El problema en realidad fue que al final de la jornada, no se animó siquiera a despedirse de ella. Hans metió su tarjeta en el chocador y se marchó a las siete en punto. Se dirigía a la parada cuando alcanzó a oír:

— Hasta mañana Hans. Mercedes se sube en un auto blanco.

Hans apenas alcanzó a decirle adiós con la mano derecha. Triste, caminó pensando que mañana era su día de descanso y Mercedes no notaría su ausencia. Su vida era mucho peor de lo que su madre advertía. La soledad. El hastío. El dolor. Le echó la culpa al medio paso que dio de más por la mañana. Lo intentó de nuevo. Se apostó que si el camión no pasaba en diez minutos, Mercedes —tarde o temprano— se fijaría en él. Ocho y veinte.

Ocho veintiuno.

Ocho veinticuatro.

Ocho veintinueve.

Siguió esperando el camión. Sonrisa en su cara. El ruta 7 se detuvo frente a él. Los cuarenta minutos del museo a su casa volaron.

## **V**

Cuando voy a dormir me sigo el mismo programa. Prendo una vela blanca. La apago. La enciendo otra vez. “Una luz gloriosa iluminará tus sueños” decía mamá. Me quito los zapatos, los coloco al lado derecho de la cama. Nunca del izquierdo. Después de ponerme la pijama me unto un poco de sándalo tras las orejas.

## **VI**

Es jueves. Su día libre. Piensa en Mercedes.

Su llegada al museo en agosto. Un día antes de su cumpleaños. Recuerda a Severina:

— Conocerás a una mujer que cambiará tu suerte.

Los jueves son los días más largos de la semana. Volvió a la cama. Cerró los ojos. Soñó: Mercedes lo acariciaba, le decía te quiero. Lo besaba.

Lo tocaba. Lo besaba. Lluvia. Lluvia sólo sobre ellos. Su blusa mojada. Frío.

Despierta. Hans se enfurece con la gotera que lo trajo de regreso al mundo. Se levantó a limpiar. Charcos de agua por todos lados. Torneo de goteras. Ese era el problema de vivir en una casa tan vieja. Pero no podía dejarla ¿cómo? las buenas vibras de esa casa eran lo único que lo mantenía a salvo. Piensa cuando entró ahí por vez primera. Su madre diciendo "aquí, aquí será nuestro hogar Hans". Él tenía ocho años y la casa ya parecía unas veinte veces mayor que él. Vivía en una colonia vieja en medio de todo, una cuadra antes del olvido.

## **VII**

Esta mañana mi despertador no sonó. Fue un milagro despertarme al quince para las ocho. Larga cadena de reveses:

- No había agua caliente.
- Se me acabó el desodorante.
- Mi uniforme bajo una gotera.

Un poco más y no alcanzaba el camión. Quince minutos parado. Luego, un asiento libre. Me negué a que éste continuara siendo un mal día. Aposté. Si contaba seis autos blancos las cosas mejorarían.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco (tiene letras rojas, pero es blanco).

Llegué a la parada. No más autos blancos.

## **VIII**

La mamá de Hans era muy agradable. Toda alegría. Siempre con algún remedio para cualquier dolencia. Las vecinas, aunque al principio observaron con recelo sus creencias, terminaron por apreciarla tanto que se volvieron cómplices en el cuidado de Hans. Los gritos de las varias mamás se escuchaban diariamente:

— ¡Cuidado con el cable suelto!

— La escalera, la escalera... ¡no pases bajo la escalera!

— Cuidado... ¡El bote de pintura!

— Ocho puntadas, le hicieron ocho puntadas. Ese pobre niño, tan mala suerte.

Hans se movía con la curiosidad de cualquier niño. Pero la frecuencia de sus accidentes no eran la de cualquiera.

## **IX**

Mercedes piensa que mi ojo de venado en el cuello es demasiado raro. Me pide que lo esconda bajo la camisa. Lo hago. La observo explicar a los niños del grupo escolar que en nuestro museo no se debe tocar nada...

## **X**

Con frecuencia los vecinos hablaban de él. Hans era todo un personaje. Se había caído de árboles, lo habían atropellado más de dos veces, lo habían mordido, perros, gatos y un loro. Sobrevivió el dengue y la tifo. Le sacaron un apéndice y dos piedras del riñón. Faltaba mucho a la escuela. Pero Hans leía, leía mucho. Historia, sólo Historia. Le hablaba a sus amigos de los fenicios y ellos preguntaban si era un juego de video. A los 20 años ya trabajaba en el museo.

## **XI**

Fue el tema del día. Mercedes se casa. Mi Mercedes. Me lo dijo y se asombró de que no me diera gusto.

## **XII**

Hans quiere mandar al carajo velas, sándalo, ojos de venado, oraciones, tarot, autos blancos. Todo. En el almuerzo no le importó que le dieran el salero en la mano. Va a pasar bajo escaleras, a adoptar un gato negro.

Hans ya no es el mismo. Este jueves se ha dado cuenta de que está solo en el mundo. Piensa en su mamá. Tampoco con ella hubo aviso alguno, ni un historial clínico siquiera. Un día simplemente no despertó. Piensa en ella en la cocina. Observa su olla favorita. Su taza. Los huevos rojos que ella siempre compraba. Nunca blancos. La mano de su mamá con un ramita de romero en la mano, recorriéndole el estómago, la espalda, la cabeza. Su voz prometiéndole suerte.

Piensa en Mercedes. Pinche Mercedes que se casó con un abogado. Se promete dejar que la mala suerte lo devore. Qué caso seguir.

## **XIII**

— Yo te conozco, le dice una muchacha flaquita en el camión. Tú ibas con Severina a leerte las cartas. ¿Ya no verdad? ¿Por qué? Siempre compartimos el camión y tú ni en cuenta. Trabajas en el museo, ¿no? Te he visto en las mañanas. Eso debe ser muy interesante. Mi trabajo es extremadamente aburrido. No durarías ni un día. Pero... ¿no te acuerdas de mí, verdad?

Despierto de mi sueño de fracasos repetidos. Han pasado tantos meses. Observo a la dueña de la voz que no ha dejado de parlotear.  
— Oh, esta es mi parada, hasta mañana Hans.

#### **XIV**

— Siento mucho lo de tu mamá. Pobrecita. Le recé mucho a la virgen por ella. Ojalá no pienses que su muerte fue pura mala suerte. ¿No piensas eso, verdad? La mala suerte es algo relativo. Aunque nunca está de más cuidarse un poco, ya sabes un ojito de venado, jazmín tras las orejas, velas blancas...

Hans trata de recordar a esa muchacha, ¿Abril? y sólo le viene a la mente una sombra delgadita abriendo la puerta de Severina. No es fea.

— Esta es mi parada, hasta mañana Hans.

#### **XV**

— Por supuesto que hay gente que no cree en eso. A mí en la escuela me hacían mucha burla. Decían que mi mamá era bruja. Pero te sorprendería saber que mis excompañeros no dan un paso sin antes consultarlo con las cartas de mi mamá. Ah, porque es un hecho, los hombres visitan más a mi mamá que las mujeres. Cualquiera pensaría lo contrario, ¿no?

Gente sube y baja del camión. Enfrenones. Pasajeros de mal humor. Y Abril no para de hablar. La observo. Sí, no es fea. Aunque no es tan bonita como Mercedes.

— Esta es mi parada, hasta mañana Hans.

#### **XVI**

— ¿Siempre eres tan callado? O a lo mejor es que yo hablo mucho. No lo puedo evitar, es que en mi trabajo no tengo nadie con quien platicar.

Hans tiene la tentación de buscar el horóscopo en su periódico.

— ¿Qué signo eres?

Cierra el periódico. Lo dobla. No le dice que es escorpión.

— Esta es mi parada, hasta mañana Hans.

A Hans le parece que esa es una niña muy entrometida mientras observa la pulsera de su tobillo. Ella le vuelve a decir adiós con su mano.

## **XVII**

— Es difícil encontrar alguien con quien hablar, menos de mis cosas, ya sabes... soy extraña para los demás y los demás me son extraños. Mi mamá me dice que no me apure, porque simplemente los demás no son gente como uno. ¿Tú me entiendes, verdad?

Gente como uno, Abril me sorprende. La miro. Realmente la miro. Tiene una frescura especial, como si no supiera que ese es un Ruta 7 y no un cruce por las Bahamas. Abril. Ojos negros. Pulseras en su muñeca.  
— Aquí bajo yo, hasta mañana Hans.

## **XVIII**

Piensa que quizá lo que pasa es que necesita un amuleto nuevo. Algo que ponga a su suerte y a su destino en mejores términos. Abril debe saber de eso. Mañana podría preguntarle.

## **XIX**

Abril no ha subido al camión. Al lado de Hans no está su olor a jazmín, sus ojos negros. Su bla bla. Hace cuatro días que no la ve en el camión.

Por la noche, en su casa, Hans coloca vasos de agua en varios lugares. Prende y apaga su vela blanca. Se acuesta en su cama con una mano sobre el corazón.

## **XX**

Abril ha subido al camión. Me saluda con sus ojos negros. Se sienta muda a mi lado. Primera vez en un mes.

— Hace mucho que no te veía.

Abril me mira, desconcertada. Sus labios quietos.

— ¿Y tu mamá, cómo está?

Abril rompe en lágrimas. Se aferra a mi cuello. Hace días me había prometido decirle que era muy linda, le preguntaría si ya le habían dicho eso antes. Después le confesaría que la había extrañado. Pero Abril lloraba. Y yo...

— Mi mamá se murió.

No la dejaría ir.

— Mira mamá, un pajarito.

El ave que el niño señala vuela en los rincones del ruta 7.

Vuela.

Vuela.

Es observada.

El chofer.

— Ah, cabrón, ¿qué'seso?

Manotazos aquí, allá y entonces...

Un enfrenón.

Llantas rechinando.

Golpe.

Golpes.

Ruido.

Abril se resbala. Me apuro a recoger su cuerpo tibio y lloroso. Sentón.

Sentones.

Quejas.

Maldiciones del chofer a alguien. De alguien al chofer.

— ¿Estás bien?

Abril me mira, se limpia las lágrimas y comienza a reírse. No deja de reír. Ni siquiera intenta levantarse.

— Mi mamá me lo dijo, me lo dijo: "En los brazos de un hombre".

No entendía nada, menos cuando Abril tomó mi ojo de venado. Pero cuando me besó y su lengua tocó mi paladar estuve seguro de que Abril tenía razón. Quizá es cierto, la mala suerte es algo relativo para gente como uno.

## El Real

Y tú, ¿eres mujer de un solo hombre? Me preguntó N mientras intentaba soltar mi cabello. Yo permanecí en silencio, dejé que sus manos y su paciencia sufrieran un poco más. ¿Cómo se quita esto? Gritó finalmente exasperado. Sonreí. Solté la liga y me acaricié un poco la cabeza; N la besó, desenredó mi cabello y me dijo lo de siempre: Te ves mejor así. Nos recostamos en su cama de muchos cojines. Encendió el televisor. El juego había comenzado.

El clásico: Barça contra Real Madrid.

Tratamos de acurrucarnos uno con el otro, pero los tiros a gol de uno y otro equipo no nos permitían estar tranquilos. Si gana el Real me tendrás que llevar a comer, le dije. Tus razones para irle al Real son demasiado insulsas. ¿Insulsas? Pues las tuyas para no irle son demasiado políticas. Nos reímos. Repetíamos esa discusión sobre el Real Madrid con frecuencia. También tratábamos de acurrucarnos con frecuencia.

Por dentro, pensaba en su pregunta, ¿mujer de un solo hombre? Entonces, ¿me vas a contestar? Primero pensé en esperar al medio tiempo para contestarle. Pero en el minuto 13 se me ocurrió decirle: Soy mujer de ni un solo hombre. Gol. Risas. Sabía que eso no le iba a molestar, en realidad nuestra relación no era tal, era algo más simple. Una cascarita. Vivíamos un acuerdo que consistía en vernos una vez por semana, en su casa para:

- Disfrutar el fútbol,
- comer,
- tomar café,
- y hacer el amor o algo así como hacer el amor.

N quería saber si yo era una mujer fiel. Pero, ¿para qué quería saberlo? Obviamente no quería cambiar esto. Esto que él mismo había propuesto en el minuto cuarenta y tres de nuestro primer encuentro. Esto que yo misma había aceptado en el minuto quince del segundo.

(Entonces yo no sabía que para N la fidelidad era un tema... delicado. Incapacidad de ser fiel, argumentaría después.)

Creo que podría serlo, quise decirle. Aunque sabía que se iba acalambrar si lo hacía y, para el siguiente sábado, su excusa de nuestro partido se convertiría en una inflamación muscular. Y yo, realmente, disfrutaba estar con él en el campo... recorrer pecho a pecho el largo camino hasta el gol que uno u otro (y con suerte los dos) alcanzábamos.

Medio tiempo.

N estaba en el baño, se preparaba para el segundo tiempo. Yo en su cama, observando sus discos de Fito Páez, pensaba que por una vez sería bueno irse a tiempos extras. Dejarse llevar por la pasión del juego. N volvió del baño y le mostré mis pantorrillas. Besos en ambas.

Resumen del primer tiempo: el Barza le metió dos goles al Real. A dos jugadores del Real les sacaron tarjeta amarilla. Uno del barza se lastimó el peroné. N había hecho una pregunta. F realmente no había contestado.

Y el segundo tiempo comenzó.

El Barza tenía el balón. Creo que no te voy a llevar a comer, decía N. Yo ya no pensaba en eso. Saque de meta: le recordé que el próximo sábado no nos veríamos. Tucón. Te voy a extrañar, me dijo haciendo un intento de ternura. Yo también, le dije, haciendo lo mismo. Quedaban escasos minutos para que el partido acabara.

Final. Juego parejo. Dos goles por dos. Palpitaciones.

¿Quieres...? N se me echa encima. Lo recibo. Brazos. Piernas. Cabeceos. Roces. Sus manos en mis hombros. Saque de meta. Gol y autogol.

Al final del partido comimos sándwiches de atún. Fito Páez cantaba. Intercambiamos el sueño de una relación perfecta de fútbol, discos y sexo. Antes de despedirme, a la mañana siguiente, le pregunté ¿y tú podrías ser hombre de una sola mujer?

Aunque contestó que sí, la temporada de fútbol español terminó dos meses después: Encontré a N, en la cama, viendo el fútbol americano con una gringa de Boston. Incapacidad de ser fiel, confesó.

## De cómo un tatuaje endulzó y amargó la existencia de un sociólogo desempleado

*Have you seen Lydia?  
Lydia the tatoed lady.  
The Fisher King*

### *El asunto del tatuaje*

Eréndira tenía un tatuaje en el ombligo que me hacía reír mucho. A veces cuando estaba aburrido o absorto y molesto con la vida —tú sabes, la sobrepoblación, los impuestos, el Fobaproa, todo aquello en lo que puede pensar alguien como yo— vaya, cuando no me sentía bien, iba y le descubría el vientre para observar aquella figura. Sabía que inevitablemente me reiría al verlo.

Ella me dejaba mirarlo un rato, permanecía acostada leyendo alguno de sus libros sobre Ocultismo mientras yo miraba. Pero siempre llegaba el momento en que se hartaba y me decía: “Si estáis tan mal como decís porque no os vas a leer la Mafalda o cualquier otra estupidez y os olvidáis de mi ombligo y del tatuaje por un rato”. Mi única opción era taparle el vientre, claro después de un beso, y dejarla en paz.

No soy muy bueno para describir cosas, y de todos modos un tatuaje es algo muy íntimo, sólo puedo decir que si ella no hubiera tenido ombligo, el tatuaje no habría sido tan gracioso. Era un verdadero ingenio epidérmico.

Sin embargo, aún cuando su tatuaje me parecía algo espectacular, nunca me había puesto a pensar detenidamente en él, ni siquiera cuándo se lo había hecho, por qué, quién lo hizo. Como suele suceder, las respuestas a los grandes enigmas nunca son agradables; como cuando eres chico, adoras la navidad por los regalos de Santo Clós o de los Reyes hasta que alguien viene, resuelve el misterio y fum, la magia desaparece. Igual me ocurrió a mí con ese tatuaje.

### *Dulce y amarga.*

Cualquiera que hubiera conocido a Eréndira se habría dado cuenta de que ella no era el tipo de persona capaz de hacerse un tatuaje gracioso, muchísimo menos en el ombligo. Es que Eréndira era, era... muy especial, especial en dos sentidos. Uno bueno, otro malo. Así como era una preciosidad que no titubeaba en quitarse el pan integral de la boca para dárselo a otro más necesitado, detestaba recibir ayuda alguna en las cosas que más se le dificultaban, como abrir frascos de mermelada. Y si uno intentaba facilitarle las cosas, se enojaba y te insultaba como toda una experta en la rama.

Era muy respetuosa con la vida y las cosas de cada quién. Nunca preguntaba, nunca se metía. No era de las: “¿Quién te llamó?, ¿a dónde

vas?". Y no es que yo hiciera gran cosa con mi vida, pero era buena su actitud. Y es que a ella le molestaba sobremanera que no le respetaran sus "espacios vitales", como los llamaba.

Eréndira era así, dulce y amarga al mismo tiempo. Te decía te quiero y al segundo le parecías un pendejo. Terminé por habituarme, por pensar que me quería igual cuando estaba enojada o de buenas, porque había algo en su modo de decirme: "¿Por qué no mandáis al carajo esas estupideces que tanto escribes y os vienes a tomar clases de sushi conmigo?" que me convencía de que no insultaba mis manifiestos, sino rogaba mi compañía. Por primera vez en mi vida me sentí indispensable y amado por alguien. Aunque ese alguien no tuviera el más mínimo sentido del humor y la cortesía, para ciertos casos.

Desde que nos conocimos en aquel Curso de *Yoga para Insomnes* nos hicimos inseparables, una cosa llevó a la otra y al poco tiempo ya vivíamos en su casa. Eréndira era simplemente maravillosa con su cabello hasta la cintura, sus arracadas enormes, sus plateados dedos, sus largos ojos negros, su tatuaje en el ombligo. Ahora que lo pienso, me tardé un poco en notarlo, es bochornoso explicar por qué... no sabía que mi chava tenía eso en el ombligo, pero desde que lo vi me encantó. En ese tiempo me gustó además el hecho de que a ella le fuera totalmente indiferente. Eréndira tenía siempre ese cierto misterio que los hombres decimos que odiamos.

### *¿Sherlock Holmes?*

Es curioso cómo nunca reconocemos cuando el verdadero amor está empezando a habitarnos, pero siempre, siempre sabemos bien cuándo ha terminado. Este amor entre vegetarianos nos llegó en el momento menos esperado, no lo notamos hasta que ya descansaba en nuestras almohadas. Pero cuando el buen señor amor tomó sus maletas y se marchó, el portazo se escuchó hasta la azotea. El tatuaje fue el punto de partida. Su pasaje hasta la tierra del nunca jamás.

Un día, no sé cómo comenzó, mirando su tatuaje me pregunté finalmente de dónde había salido. De pronto, ya estaba obsesionado en él y en Eréndira, en su pasado en su antes de mí... cuándo, dónde, por qué se lo había hecho... cuándo, dónde, por qué... cuándo, dónde, por qué...

Me convertí pues en un antropólogo tras una antigua civilización erigida en un bello presente. Un antropólogo torpe que lo derrumbaba todo mientras excavaba. Mi bibliografía era su casa, a fin de cuentas ahí vivíamos, todo debía estar ahí, libros, fotos, cajas, maletas, hasta lo más insospechable sobre Eréndira Pinzón estaba en sus pisos, paredes, cajones y estantes.

Mirujeaba aquí o allá, actuando mi mejor desinterés cuando ella estaba presente. Claro, en cuanto una mirada se instaló más de lo normal en la parte superior de su clóset, ella sintió una invasión a sus "espacios vitales", "andá a desempolvar tu trasero que no quiero tus huellas en el

mío...” Sus palabras sólo me entusiasmaron más en mi búsqueda, aprendí a revisar sus cosas minimizando la evidencia. Bastaba que ella se ausentara del departamento para que yo asaltara cada rincón. Ahora pienso que hubiera sido más fácil preguntarle directamente, así nomás, en vez de jugarle al Holmes, supongo que tanto tiempo desempleado me hizo demasiado ocioso.

Y estúpido.

Estaba a punto de llegar a la conclusión de que Eréndira era demasiado discreta y que quizás su presente la llenaba tanto, que el pasado simplemente lo había tirado a la basura un día antes de que yo llegara ahí con todo y gato.

Entonces me encontré con *El Libro del Buen Amor* en una edición antiquísima y la curiosidad por una joya como esa me hizo tomar el libro, abrirlo y después observar el lento vuelo de una fotografía. Ahí estaba en el piso junto a mis pies, la miraba agachado sin atreverme a tomarla: era Eréndira con el cabello rubio, abrazada de un payaso, y no lo digo como insulto, era un payaso de esos de tipo europeo, todo vestido blanco con pantalones bombachos y brillantes, con un sombrero en pico y cara de huevo. Payaso y mujer estaban abrazados horrible y amorosamente. Eréndira la mujer sin sentido del humor en los brazos de un hombre cuyo oficio era precisamente el humor. ¿Por qué? El enigma se estaba haciendo mayor.

*¿Existe una posibilidad, por pequeña que esta sea...?*

Pedro Almodóvar me cae mal, no por joto —yo respeto a las minorías— sólo me cae mal, pero vaya que sus películas tienen frases que te dan ganas de apuntar y utilizarlas como un as bajo la manga en un juego de póquer.

Cualquiera puede imaginarse que al ver esa foto una avalancha de preguntas se deslizaron sobre mi cabeza. Pronto, el tatuaje pasó a segundo lugar, lo más importante era saber quién era Eréndira. Sabía perfecto la cantidad exacta de miel para su té, adivinaba cuándo quería hacer el amor y cómo, el tipo de música que prefería, pero todo eso no era suficiente. Yo creía conocer lo básico sobre ella, pero era exactamente eso, lo básico, lo que ignoraba de ella. Lo básico estaba encerrado en esa foto que nunca había visto y que para colmo estaba en una página del buen amor. La estupidez se apoderó de mi cabeza.

Quería preguntarle. A una persona normal se le hubiera ocurrido preguntar en pequeñas dosis, un día algo, otro día otra cosa. Alguien listo hubiera utilizado sus propias anécdotas para saber más de ella. No. Yo, sin más ni más, clavando mi propia cruz, la atiborré de preguntas, reclamos, necedades, a pesar de oírla decir: “Si quisiera que supierais más de mí ya os habría platicado mi vida entera...” Conforme yo preguntaba algo, en ella aumentaba la gana de mandarme al cuerno, a donde finalmente me mandó antes de encerrarse en el cuarto.

Mi siguiente paso fue meter por debajo de la puerta la foto aquella y exigirle una explicación. Antes de un minuto, Eréndira abrió, me llevó del brazo hasta la cama y me lo contó todo... todo. Satisfecha mi curiosidad, encontré la dignidad que siempre creí no tener y me adjudiqué el derecho a reclamarle todo eso que había "ocultado". Por supuesto que me corrió, echando por la puerta mis camisas y mis pantalones, su amor y mi recién estrenada dignidad.

Al otro día con una en mis manos toqué su puerta y le dije: "¿Existe una posibilidad, por pequeña que esta sea, de que nuestro amor se salve?" Me miró de arriba abajo, me dio una ligera bofetada y me dijo: "Pendejo, a ti ni siquiera te gusta Almodóvar". Y dio un portazo.

He vuelto a comer carne, trabajo por las tardes en el INEGI y salgo con una chaparrita morena de Michoacán, pero sigo extrañando ese divino tatuaje en el ombligo que endulzó y amargó un año de mi vida.

## Hola Morenito

**De :** [lelita@hotmail.com](mailto:lelita@hotmail.com)

**Para :** [nene33@hotmail.com](mailto:nene33@hotmail.com)

**Asunto:** Hola Morenito

**Fecha :** Tue, 22 Dic 2002 08:24:57 -0800 (PST)

[Responder](#)

[Responder a todos](#)

[Reenviar](#)

[Eliminar](#)



Ay mi nene, tantos días sin un mail tuyo, qué bárbaro. ¿Cómo estás? (además de congelado) Yo estoy muy bien, súper desvelada pero tranquilo-tranquis. Hoy me fui tempranísimo de la oficina, como a las 4 porque no tenía jefes (me escapé, ji ji). Supuse que ellos estarían ya de vacaciones, festejando la navidad a todo mecate (como dices tú) y decidí seguir su ejemplo.

Ayer tuvimos nuestro tradicional intercambio navideño. Ni te imaginas a quién le toqué: ¡A mi jefe!, lo bueno que no estaba pues hubiera tenido que darle las gracias con un abrazo y uff qué incómodo (¿la palabra manolarga te dice algo?). Me dio un suéter gris con un discreto peluche alrededor del cuello, así como se están usando ahora. Lindo, pero es de esa ropa que te gusta pero que sabes que NUNCA te vas a poner porque no es algo muy tú. YO regalé un reloj despertador... pero, te lo voy a platicar todo en orden.

Resulta que hay como mil Arturos en la oficina (a mí me tocó un Arturo de esos) y resulta que en la lista yo vi: Arturo-reloj despertador y eso compré inmediatamente, sin más averiguación. Este fue el típico intercambio de "amigo secreto", ya sabes en los que nadie debe saber quién regala a quién y además debes dejarle un regalito simploche a diario (a mí me regalaron puros dulces de tamarindo, no sé por qué). Fue divertido mandarle detalles con un recado y en una esquinita le ponía la hora, mi plan era darle una pista para que a la hora de la hora (je je, ila hora de la hora!) él ya tuviera una maravillosa sospecha de cuál sería su regalo y todos felices *forever and ever*. Pero no.

(Chin, ya me estoy adelantando). (Ignora el último renglón).

Llegó el día del famoso intercambio. Viernes 23. 1:00 de la tarde. Sala de juntas. Segundo piso. Yo estaba ahí, toda emocionada esperando el momento de recibir mi regalo y de entregar el reloj (¿no adoras tú que te regalen justo lo que pides o necesitas? Yo sí, y pensé que este Arturo también)... Pasaron los minutos y él no llegaba. Debo ser sincera, en ese momento me inquietaba más no recibir nada aún: el intercambio estaba en su apogeo, mis compañeros estaban encantados repartiendo, recibiendo y abriendo regalos... todos me veían a mí (o al menos así lo sentía pues era la única sin moño en las manos). Hacía ojitos de aquí para allá para que alguien me diera mi regalo. Y nada.

Finalmente llegó el turno de la última persona, "Ese es mi amigo secreto y ese es mi regalo", me dije. Te juro que casi casi peiné mi cabello y alisé falda para verme chulísima. Ya tenía un discurso listo, daría las gracias, preguntaría qué onda con los tamarindos, diría que pese a todo el intercambio a la "amigo secreto" había resultado fantástico... Entonces, él dijo: "Pues este fue un regalo difícil de encontrar." (Lo cual me confirmó que ése era MI regalo pues, ups, se me ocurrió pedir un disco de Manu Chao) (¿sabías que aquí es imposible encontrar algo de él, "Manu que?", te dicen en todos lados), "Pero después de mucho buscar, lo encontré. Sutanita espero que te guste tu camión de Piolín". No dijo Sutanita, pero para el caso es lo mismo pues no se trataba de mí (porque obviamente yo jamás pediría un camión de ese estúpido pájaro amarillo).

La incógnita crecía.

Traté de olvidarme un poco del asunto y concentrar mi atención en la rebanada de pizza que tenía enfrente (posada con pizza, ¿habías visto tal cosa?) (pizza hawaiana sin piña, qué falta de seriedad, ¿no?). De pronto, oí una voz que dijo "Este regalo es del SR. ORTIZ, como él no está me pidió que se lo entregara a: ¡Maya!". Ahora sí fui el centro de atención. Se sintió un silencio enorme, hasta podías escuchar el sonido de la respiración y de los corazones de todos, tum, tum. Me paré lentamente. Mis pasos se escuchaban por doquier, cloc, cloc (los viejos suecos de madera) Tomé el regalo. Un desmadre para desenvolverlo. Todos desesperados. Yo también. Queríamos ver qué le había regalado el jefe a su empleada. Va a ser un buen regalo. "Maya, no te preocupes", me dije. Más decidida que nunca, lo abrí y con la fuerza el regalo salió volando. Un segundo después caía en mis manos un suéter gris. Efectivamente: era un buen regalo. Me gustó, te digo, no era la quinta maravilla, no era algo que me fuera a poner, no era el disco que esperaba, pero estaba bien. Estaba bien.

La fiesta terminó como a las tres de la tarde (sin cheve y sin Maná, ¿qué caso tenía seguir?). Todos volvimos a nuestras labores. (¿Qué les costaba darnos el día libre?). Fui a mi oficina. Me senté frente a mi compu, moví el maus y al cruzar la pierna me di cuenta de que no había ido al

baño en las últimas dos horas, tres minutos y que EN VERDAD tenía que hacer pipi. Me dirigía a cumplir la misión cuando tropecé con Arturo, mi amigo secreto. Acababa de llegar, se había perdido del festejo, (que no fue gran cosa, te digo, pizzas frías —sin piña— y sodas tibias). Yo iba decidida pero pensé, “mi pipi puede esperar un poco más con tal de hacer feliz a alguien”. (Debo decirte antes que este Arturo y yo no nos llevamos nada bien, todo le cae gordo, es medio malhumorado, él es el chofer y aunque no soy su jefa siempre lo traigo dando vueltas por la ciudad).

Para hacer la cosa más emocionante le dije, “Arturo, necesito que lleves esto a la mensajería ahorita mismo”. El bato me vio con mala cara. Me acompañó al escritorio. Abrí el cajón y le dije: ¡Feliz navidad, amigo secreto!! Se quedó de a diez (¿o se dice de a tres?). Se rió, le costó trabajo porque es bien mulo, pero se rió. Bueno, “ahí lo abres, ojalá te guste”, y salí disparada al baño porque mi vejiga estaba llegando a su límite.

Ya en el baño (uy, qué largo me está saliendo este mail) alcancé a oír las voces de la gente en el pasillo. “¿Qué chingados, me quiso decir huevón o qué?”, era Arturo. “Pues tú pediste un reloj, ¿no?”, le dijo Fran, la que organizó todo el argüende. “No, yo no pedí ningún reloj. Yo pedí una camisa negra. Mira la lista (yo supongo que le arrebató la lista a Fran y con el dedo índice le señaló) Arturo R., guión, ¡Camisa negra!”. “¿Erre? ¿Cómo que erre? Yo no vi esa erre”, dije en el baño mientras trataba de abrocharme el pantalón (créeme, después de ocho rebanadas de pizza es un poco difícil) La culpa era de otro Arturo, otro, el que sea, que se apuntó al principio de la lista, sin erre, con guión y pidiendo un reloj. Chale. Mi regalo fue un fracaso. Un fracaso. Me sentí como aquella vez, cuando la fiesta sorpresa en casa de tu hermana, ¿te acuerdas? Una metida de pata total.

Me disculpé con Arturo, él me dijo “Está bien, no tenía uno”. No me consoló.

Pero ni modo, así es la navidad, ¿no? Regalos complejos, regalos dispersos. Regalos equivocados.

Si todo esto me pasó en un sólo día, imagínate nomás todo lo que ha pasado en las últimos cuatro semanas, desde que ya no vives aquí... Tendrías que volver con mucho tiempo libre para que te lo cuente todo.

¡Escribe pronto!

Abrazo navideño, apretadito, muy.

Tu lelita bonita.

## Entre dos compus

Siempre le ha dicho que su necesidad aumenta a gran escala cuando se trata de tecnología. Recuerda esa larga tarea que enfrentó para convencerla de abandonar su Olivetti, su vieja Olivetti azul, y animarla a usar la computadora. Utilizó toda su paciencia para enseñarla a manejar el *windows*. Se sentaba a su lado y le explicaba bien despacito todas las funciones del nuevo miembro de su familia. Algunas de esas sesiones terminaban con un largo *round* en el que él le decía: *pon atención*; y ella le repetía: *sí pongo atención pero tú explicas muy mal*.

La Olivetti, la vieja Olivetti azul, poco a poco formó parte del olvido y llegó al mismo lugar en donde están ahora el tocadiscos de su papá, la plancha de su mamá, la televisión blanco y negro de la abuela, la licuadora, el extractor...

Ahora, él está haciendo prácticamente TODO para que ella admita su nueva iMac, una belleza verde agua con CPU incluido en el monitor. Tiene Power Point, FreeHand, Flash, QuarkXpress... *Es una ma-ra-vi-lla. Papá estaría orgulloso. Esta es una inversión única. Ven, véla, véla que linda*.

*¿Hasta dónde quieres llegar?*, le dice ella mientras observa de lado a lado la nueva computadora. Alicia entiende la importancia de la velocidad en estos asuntos, pero dice que la larga espera con la otra le daba tiempo de meditar, de acomodarse bien, de rascarse la espalda, de asomarse a la ventana, *a veces hasta de ir a la cocina y servirme un vasote de coca-cola*. Ya era un ritual. Mientras la IBM guardaba un documento ella se preparaba un sándwich. *¿A poco esta va a tener las mismas concesiones?* Él le repite la importancia de la velocidad en estos asuntos. *Ya te dije que ya lo sé*, dice ella. *¿Qué pasará con la otra?* Ambos coinciden que la otra tiene un lugar importante en sus vidas. Su primera computadora. El último regalo de sus papás.

Sí, sí, ella comprende que ésta es lo último en tecnología... Que ella solita es también micrófono, cámara y teléfono. *Pero, ¿qué no te acuerdas ya de lo divertido que es correr hasta la sala para contestar el teléfono?*, pregunta ella. *Pero si siempre te quejas*, le dice él. *Te odio*, dice ella.

No crean que no intenta, Alicia se le acerca, ya hasta la ha prendido, pero no, no, no... no le nace escribir con ella. Se ve demasiado moderna, le da como risa verle todo lo de adentro. *¿Qué es lo siguiente...Que nuestro carro vuele?*, le pregunta ella con el tono más sarcástico que encuentra en el buró. *Nuestro carro se dejó de construir en el '87*, le dice él, buscando una poca de paciencia en su librero.

Ella está segura de que la vieja compu sospecha que pronto la mandarán a vivir con la Olivetti, el tocadiscos, la plancha... *Mi pobre compu, véla ¿no la notas más triste desde que llegó la nueva?, ¿no sientes que se ve más apagada?* Él le dice que eso no es tristeza sino una falla en

el monitor. *La vida ya no es lo que era antes, medita ella. Con su cara más seria él dice: Deja tu filosofía. Entiende que el ser humano necesita ir para adelante sin mirar atrás ¿Nietzsche?, pregunta ella. Marcos Soto, le dice él.*

Ella pide tiempo, poco a poco se acercará, la usará. Por lo pronto, lo convence de que es más cómodo que cada quién tenga su computadora. Él acepta *pero no por mucho tiempo*. Está considerablemente enojado. Compró la computadora pensando en ambos y en ella que pronto comenzará a estudiar la carrera... *¿Por qué le cuesta tanto trabajo consolidar una buena relación con esta nueva computadora?* Ella replica, como adivinándolo, *porque esta vieja computadora tiene mucho de nosotros, ¿no te das cuenta? Mira las teclas que hemos borrado, mira todo lo que nos ha guardado.*

Sin más argumentos en los bolsillos, Marcos Soto toma su lugar frente a la nueva computadora. Alicia Soto está a su lado pero no deja de mirar su vieja IBM. Se oye un suspiro. Luego otro. Ambos apoyan su cabeza en la mano derecha y se muerden su labio inferior. *¿Cuándo entenderá?* Piensan ambos.

## Todo pasa y todo queda

*a Juan Antonio,  
mi loco bajito*

Los grandes misterios de la vida no te los había resuelto tu madre, ni tu maestra o tu mujer. No. Los misterios del amor, la soledad, la alegría, los habías aprendido de Serrat.

Él fue tu primer disco, tu primera revelación, tu primer concierto, tu primer viaje a España. Era todo lo que te gustaba. Sus canciones te ayudaron en tu primera declaración de amor, en la muerte de tu padre, en aquella crisis, en esa otra, en el nacimiento de tu única hija, en tu primer matrimonio, en tu segundo. Serrat era una forma de vida para ti.

Ahora mismo, sentado en tu tiempo, lo ves por televisión. Se le ve casi igual, si acaso con menos cabello y unos cuantos hilos plateados. Pero igual. Se siente lo mismo oír su voz. Le preguntan de esto, de aquello. Lo escuchas entre atento y desinteresado. La reportera curioseas: "¿Qué es lo que más le causa placer a Joan Manuel Serrat dentro de su familia?" Atiendes a la reportera como si la pregunta estuviera dirigida a ti. Sonríe. El cantante también. Mientras meditas la cuestión, Serrat sin pensarlo más declara: "Es algo que me causa un poco de pena, y espero que no me estén escuchando en casa. Lo que me causa más placer es hurgar en la vida de mi hija adolescente. Que no se entere porque me mata, pero es fabuloso ver lo que guarda en sus cajitas, en sus cajones, los recados que les escribe a sus amigas, lo que le dice a su novio de 14 años por teléfono. Descubro su mundo y la adoro más, adoro hurgar." Disfrutas sus palabras, no entiendes ese placer pero sí sabes lo que es descubrir el mundo a través de una hija, de Cecilia. Cecilia es también una forma de vida para ti.

Tiene 14 años y un gato peludo, proviene de tu primer matrimonio e incluso es la razón de este. Ella fue lo mejor de esa unión. Lo único. La verdad es que no hay odio ni disgusto entre ustedes, ya no. Más bien concordancia, un mutuo y silencioso respeto, de colegas de paternidad. Ahora son buenos amigos. Los dos. Los tres, contando por supuesto a Cecilia. Los cuatro, contando a Lola, tu nueva esposa. Los cinco, contando a José Luis el novio de Marisa. Cecilia dice que sus amigos se atacaron de risa cuando les platicó que la última navidad la pasó en Colima en la bella casa de los padres del novio de su mamá, con su papá y la nueva esposa de él. "¿Y no te sientes rara?" Le preguntas de vez en cuando. Ella dice que a veces pero que así es feliz. "Tener dos casas es bueno, así cuando mamá anda de luna puedo venir aquí contigo y cuando tú te pones de pelos me puedo regresar con ella. Así estoy bien". Esa es la respuesta que te gusta escuchar.

Resuelto en luna, apagas el televisor. Piensas en Cecilia. Te gustaría tenerla sentada en tus piernas jalándote la barba como lo hacía antes. Oírle cantar alguna canción de Lupita D'alessio. Te vas a la cama. Lola está leyendo *Los versos satánicos* y su vaso de leche descansa en el buró. Le besas la frente y te dice buenas noches. Se acomoda a tu lado.

Esos locos bajitos que deciden como si nada; ahora resulta que Cecilia no quiere fiesta. "¿Es definitivo?", pregunta Lola. Sí. "¿Y ahora, qué?", se preguntan todos ustedes. Ese cumpleaños es toda una tradición, el día en que todos le dicen con regalos, cariños, discos o libros lo mucho que la quieren, lo importante que es para ustedes cuatro. Lola, Marisa, tú y hasta José Luis guardan una relación especial y distinta con ella. Esa loca bajita quiere irse a España sola durante el verano, era su único deseo de cumpleaños número 15. "Es que ya es toda una señorita", oyes decir a Marisa, sientes que se te sube la presión. Estás tan confundido que crees que el mar es el cielo, que la noche, la mañana. ¿Por qué te está sucediendo eso? Todo es inútil. Ella está decidida a crecer. ¿Qué se está creyendo?

Atrapando sueños en el aire, sentada frente a ti, pero con la mirada lejos, lejos, Cecilia te dice: "Quiero conocer todos esos lugares que están en tus libros, pasear por esas calles, tomarme fotos en el mismo teatro que visitaste tú, comer kilos y kilos de paella, quiero caminar hasta que el alma se me canse, sentarme en una banca que tenga más de 500 años y escribirte que soy feliz". Tú no dejas de mirar la pantalla de tu PC y tu tablero, tu tablero y la pantalla. "Anda Pá, ¿qué te cuesta?". ¿Qué te cuesta?, ¿qué te cuesta? Desenfundando tu mejor calibre, le dices que te va a costar mínimo un mes entero de sueldo... Ella te interrumpe con un tiro más certero: "No, ni eso, tengo mucho tiempo ahorrando Pá, yo creo que ya casi junté para el boleto de ida y vuelta". Cecilia crece unos cinco centímetros más, la ves por encima de tus hombros, ¿dónde te puedes esconder? Te duele la cabeza, esas son ya dos cosas que no puedes resolver. Uno: Cecilia no quiere fiesta de cumpleaños, quiere irse a España SOLA. Dos: Cecilia tiene secretos, AHORRA.

Hace algún tiempo en ese lugar, había una niña que reía y decía que sí a todo, ahora esa misma persona que siempre entraba a tu estudio sin avisar, te está pidiendo que la dejen vivir su vida. "¿Puedo checar mi mail?", te dice mientras abandonas tu escritorio. Sí, pero no te tardes. Cierras la puerta. Te sirves más café, acomodas tus preocupaciones en cada estante de la cocina, te quedas así, mirando el techo quién sabe cuánto tiempo. Cecilia entra, te da un beso, que ya se va, que ya llegaron por ella, que mañana te habla, que lo pienses, que lo pienses bien. "Bye, papito".

Vuelves a tu computadora seguro de que no podrás escribir nada, no tienes otra cosa en la cabeza que una hija creciendo. En tu pantalla se despliega Hotmail.com, CecyCecy tiene muchos mensajes en su bandeja

de entrada. Ella olvidó cerrar esa ventana. Estás a punto de darle un click y te detienes. Te alejas del mouse, te acaricias la barba... Meditas. Click. Cecy me da gusto que blablabla, dicen que España es maravillosa blablabla, una vez ahí deberías también visitar Italia o Francia blablabla, hay albergues, blablabla, puedes conocer muchos blablabla..." ¿Qué estás haciendo? ¿Leyendo la correspondencia de tu hija sin su autorización? ¿Qué clase de padre eres? ¿Dónde está el respeto?, te dices mientras abres otro mensaje. La gente como uno no hace eso, te dices, pero no lo puedes evitar.

Tu risa te hace libre, pues encuentras mensajes que ella envió. Encuentras el poema que te mandó en tu cumpleaños. Encuentras los pedacitos de su vida que desconoces. La escuchas cómo aconseja a sus amigas. Te sonríes de sus conjeturas, de su forma de explicarse la vida. Cecilia cruzó por la niñez en dos casas, experimentó dos vidas y logró hacerlas una sola. Logró ser una sola. Ha andado muchos caminos y ha sabido andarlos con gracia, destreza, alegría... ¿de dónde le venía todo eso? ¿Cómo era posible? Te ríes de las estadísticas. Cecilia se rió del futuro que le deparaba el divorcio. Le aconseja a una amiga que no esté triste, no demasiado... le dice que ella también a veces se siente triste, porque a fin de cuentas sí le gustaría que su papá y su mamá estuvieran juntos, "Si son mis papas, eso es lo natural. No es que me caiga mal Lola, pero me choca a veces que las cosas sean así. Me choca viajar con uno y extrañar al otro. A veces, siento un hueco en la panza cuando uno de los dos no está. Tu y tus papas van a estar bien, es cuestión de tiempo, es como adaptarse al mundo."

Se va la tarde y te deja, escuchas tu disco favorito de Serrat. No dejas de pensar en él, de creer en él una vez más. No había nada más bello que hurgar en la vida de una hija. Sientes un nudo al escuchar la fuerza de sus cartas con palabras sin acento. Te gustaría que nada de eso hubiera pasado. Pero sabes que el pasado hace el presente. Después de leer un último mensaje de Cecilia, descubres que de nada sirvieron las monjas, esa pequeña ha cruzado ya la frontera de los besos, sabe lo que siente el alma bajo el hechizo de la vida. ¿Sabes tú lo que significa eso? Te rascas la cabeza pensando en cuántos besos has dejado pasar por tus labios sin otorgarle a cada uno el respeto que merece. Y Lola, Lola vestida de ternura, prendida en tu alma como si cualquier cosa, ¿hacía cuánto que no le decías "Al viento los ombligos"? Cecilia a sus catorce, casi quince, años te había abierto un mundo, dejaba en tus manos historias que te hacían temblar la piel.

Aquellas pequeñas cosas, no eran pequeñas. Eran la puerta a la vida. Apagaste tu computadora y deseaste —como cada noche— que Cecilia estuviera ahí. Pero ella estaba en otro lugar que también le pertenecía. Ella hace mucho que había dejado de ser tuya y de Marisa, ella era de sí.

El pasillo a tu recámara te muestra a Cecilia en todas sus edades. Ay mi amor, sin ti no entiendo el despertar, piensas.

Tu tercer amor te espera en la cama, "No me gustó ese libro. Sólo me ha puesto de malas" *Los versos satánicos* descansan en el buró. La mujer que quieres es una fruta jugosa, ¿cómo es que la habías perdido de vista? Te disculpas, le prometes que ahora sólo le recomendarás libros que la hagan sentir bien. La besas. Ella sonrío, te dice "¿Y qué vamos a hacer con Cecilia?"

No era como esas muñecas de abril, no. Cecilia era más que eso. Le dices a Lola que has reconsiderado las cosas. Si hemos hecho ya tantas cosas por ella, qué tanto es un viaje. La vida transcurre. "Todo pasa y todo queda", le dices.

## El cine no lo es todo

### Escena 1.

*Media luz. La pareja está sentada en una sala de cine. Se escuchan los avances de distintas películas.*

Ella: *(Sonríe, hace atrás su cabello, oreja izquierda coqueta).* Creo que el mejor 007 fue Roger Moore.

Él: *(Voz en off)* Pero si todo mundo sabe que el mejor fue Sean Connery. *(Baja la mirada, suspira y después se dirige a ella)* Sí, tienes razón el mejor 007 fue Roger Moore.

El público: *(Cuchicheos)* ¿Estará enamorado?

Ella: *(Cruzando la pierna)* Lo mejor de las películas de Bond es que a Q siempre lo ha representado el mismo actor. Ese viejito de ojos tiernos.

Él: *(Voz en off)* ¿Cómo le digo que se murió? Ella, debe saberlo. *(Se aclara un poco la garganta, mira el pliegue de sus muslos que se asoman bajo la falda y dirigiéndose a ella)* Sí, ojos tiernos, muy tiernos.

El público: *(Cuchicheos)* Realmente enamorado.

Ella: *(Acariciándole un poco el hombro)* Vas a comprar palomitas, ¿verdad? No les pongas mantequilla, ¿okey? Y échales un poco del juguito de los jalapeños que están en la barra, me gustan picositas y aguaditas.

Él: *(Voz en off)* ¿Aguaditas?

El público: *(Cuchicheos)* Todo mundo sabe que las palomitas deben ser crujientes.

El joven se levanta, deja la escena.

### Escena 2.

*Frente a la dulcería. Se observan los perfiles de Él y del muchacho del mostrador.*

Él: *(Hacia el muchacho del mostrador, recibiendo la bolsa de palomitas)* Sus opiniones sobre cine son realmente ingenuas y su gusto en palomitas deja mucho qué decir, ¿cómo seguir adelante con esta charada? Esto no va a funcionar.

El muchacho del mostrador: *(Ofreciéndole servilletas)* Pero, ¿se deja besar en el cine?

Él *Medita un poco.*

Él: *(Observando que la bolsa de palomitas gotea)* Pues... eeh...

### **Escena 3**

La pareja se besa apasionadamente. La mano de él acaricia su espalda. La de ella, su pecho. El público toma la bolsa de palomitas con jugo de chile jalapeño que está en el asiento de enseguida.

El público: Mhh.

## La historia del Aleph

*This is what you get  
when you mess with us...*

Radiohead

**Todosantos.** “El Aleph trabaja en el Guau-Guau *Table Dance* desde noviembre. No es de aquí, nació en Todos Santos Baja California Sur, una ciudad pequeña donde nadie nació porque sus habitantes son de otras partes. Todos vienen de lejos, huyendo, huyendo de algo, de alguien, buscando paz, tranquilidad, armonía y otro montón de cosas que una ciudad con un nombre como Todos Santos puede tener. Dice el Aleph que su mamá también tuvo un motivo para huir. Tomó un mapa, encontró ese lugar perdido en la Baja Sur y se fue a la central camionera con sus lágrimas de cada lado y sus maletas en las mejillas.

Él cumplió los 18 años harto de la paz, tranquilidad y el otro montón de cosas que Todos Santos ofrecía. Se vino a estudiar Derecho y Jujitsu a esta ciudad tan llena de un montón de cosas muy distintas a las de allá. Su mamá lloró. Lloró con su vecina que no era de ahí, con el padre de la parroquia que tampoco, en el hombro de su hijo que sí era, pero no quería ser de ahí”.

**El Edgar.** El Edgar lo escucha atento todas las noches, porque desde que supo su nombre busca cualquier pretexto para platicar con él. Seguro busca en ese Aleph lo que aquel personaje buscaba en *El Aleph*. Así es el Edgar.

Hay noches en que el Aleph (este Aleph) le suelta todo, con la facilidad de quien desea deshacerse de su propia historia para hacerse de otra mejor. Pero a veces no, a veces se harta de tanto hablar. Y es que el Edgar va todas, todas las noches al *Table*, para ver morras *of course...* aunque él dice que nomás para no estar en su casa. Y cuando es hora de cerrar el Aleph le dice dos, tres, cuatro, hasta siete veces que ya estuvo, que ya cerraron, que no sea necio, que ya no se puede tomar otra, que no sea necio, que ya le ponga, que mañana vuelva, que no sea necio, que un buendía se va a cansar y lo va a sacar a punta de jodazos porque ya está muy harto de borrachos como él que no hacen caso cuando se les dice que ya van a cerrar.

¡Qué necio!

Y como al Edgar no le gustan los jodazos y piensa que si es cierto eso de que el Aleph lleva como cinco años en el jujitsu, entonces vale más irse. (Me imagino que también considera que un flaquito como él de 1.70 no puede meterse a trompones con un calotón de 1.90 como el Aleph).

**La Sylvia.** Yo no conozco al tal Aleph. Yo no puedo entrar al Guau-Guau porque es nomás para hombres. Por lo tanto, al Aleph sólo lo conozco a través del Edgar cuando:

1. Nos juntamos en su ático (que es también el ático del Punky y del hermano del Punky),
2. Estamos sentados en el sillón que tiene forma de Monchi (el Monchi: es un *no inquilino* que pasa más tiempo acostado ahí que los que sí son)
3. Todos tienen una cerveza en la mano derecha, yo mi coca-cola de bote.
4. El Edgar se pone a platicar de que anoche (siempre hay un anoche) fue al Guau-Guau (siempre hay un anoche en el Guau-Guau) y que el Aleph andaba vestido así o asá y le platicó que.
5. Lo escuchamos atentos. Unos ya ni lo pelan (el Aleph se vuelve su conversación recurrente después de varias cervezas) pero yo sí. Así soy. El Manuel también. Así es él.

El Aleph en boca del Edgar es:

1. **Güero**, (porque se pinta el cabello).
2. **Alto** (no se sabe por qué).
3. **Bueno para las patadas** (ya ven que hace jujitsu).

Al Edgar le ha surgido una real obsesión por el Aleph,. Dice que es un personaje del que hay que escribir. Que todo él es una fuente creativa.

Un día me lo suelta: ¿Qué te parece si escribimos un cuento a cuatro manos? Así, abordar los dos al mismo personaje, al Aleph, pero cada uno a su estilo. Le podemos poner *Entonces vi el Aleph*. No lo pienso mucho, una parte de mí siente que detrás del Aleph (y de la idea del Edgar) hay una desas ondas literarias que puede ser divertida. Le digo que sí.

**El Manuel.** El Manuel es un refinado escritor gótico (al menos eso dice). No se ha interesado mucho en el Aleph; pero sabemos que va a terminar haciéndolo. Bueno pues imaginen la escena. Estamos en el ático festejando su cumpleaños y el Edgar se lo suelta: ¿Qué te parece si escribimos un cuento a seis manos? Así, abordar todos al mismo personaje, al Aleph, pero cada uno a su estilo. Le podemos poner *Entonces vi el Aleph*. El Manuel nos recuerda que *él* es un escritor gótico, que la Sylvia (o sea yo) es la escritora de literatura infantil y que el Edgar es pura literatura erótica y que por-lo-tan-to no tenemos nada qué hacer los tres juntos escribiendo un cuento colectivo del que sólo resultaría un intento fallido y vergonzoso para la Literatura (con mayúscula), especialmente con ese título. El Edgar le dice que se sale, que no mame, que es un experimento namás, qué pues. El Manuel responde que no se sale, que no es que mame, y ultimadamente qué pues: a él la colectividad no se le antoja (a menos que sea un *ménage a trois*) (cosa que sí consideraría).

Los veo discutir, al uno con sus patillas góticas y al otro con su nariz erótica. Me da risa. ¿Cómo es que soy amiga de ustedes? El Edgar me dice que no me haga wey, que soy su amiga por jotita y fresa, porque me gusta escribir, porque me sé la historia de *Velvet Underground* y quién es Bigas Luna y porque le presento a morras que sí aguantan un pistolazo.

El Manuel sólo dice que soy su amiga desde que se acuerda.

Finalmente y después de tres cervezas, Manuel acepta. Dice que le pasemos el material a su e mail, que revisará nuestras notas, que las comparará, que releerá *El Aleph* y que va a pensar cómo colaborar... pero eso sí, que no estemos encima de él porque en su trabajo no puede leer nuestros textos, que ahí no tiene tiempo porque desde que es editor... Piiinche Jooto, le dice el Edgar. El Manuel se ríe, escondiendo sus dientes (como siempre).

Salud, pues.

**El Wachito.** Estamos en el Sanborn´s tomándonos un café. Sólo el Edgar y yo. Me platica del Wachito del expendio modelo que está a contra esquina del Guau-Guau. Es un chaparrito boxeador. Igual que el Edgar, este tío va todos los días al Table nomás a ver qué ondas. El caso es que nadie sabe por qué pero el Wachito y el Aleph no la llevan nada bien.

"... Nada bien. Tienen un como ritual: el Wachito llega como a las doce y cacho. Se queda en la puerta un minuto. El Aleph apoyado en la pared, brazos cruzados y gesto de sacaborrachos, lo mira de arriba abajo. Cuando cruzan miradas sólo levantan su barbilla y dicen *eit*, es su saludo oficial. El Wachito separa piernas y levanta brazos luciendo sus músculos de campeón peso mosca. El Aleph lo catea. Cuando acaba, ambos se sostienen la mirada. Ninguno parpadea. Luego el Aleph gira un poco su cabeza a la derecha como diciendo *pásale pues* y le permite entrar."

Has de cuenta un *western*, dice el Edgar (porque como es medio cineasta se apoya en referencias cinematográficas). Pues hay que hablar con él. Va.

**La Selene.** La Selene es una amiga del Edgar que nuuunca se acuerda de mí pero que cuando lo hace me dice que se llama igual que yo y la neta, nunca he tenido ganas de aclararle que Selene no es mi nombre, sino mi segundo apellido y que en realidad se escribe con zeta, con acento en la primera e y con y griega al final. También se la pasa en el ático. Siempre quiere poner a La Maldita Vecindad cuando escuchamos a Soda Stereo porque dice que es mejor. Me cae gordo que nadie le diga nada, nomás porque está bien buena. La Selene me pregunta que si es cierto que vamos a escribir algo del Aleph. Le digo que sí. Qué loco, ¿no? se llama como la novela esa de Cortázar, dice. Me cae pero bien gordo que nadie la corrija. (Qué madre, con esas nalgas, no importa que diga que *El viejo y el mar* es una novela curadísima, dice el Edgar) Ay, tan guapo, dice la

Selene. Cuando le pregunto que si Cortázar, se me queda viendo como si hubiera dicho una locura. No, el Aleph. Por primera vez atrapa mi atención. ¿Es guapo? ¿El Aleph es guapo? Por unos segundos este tipo del que tanto habla el Edgar deja de ser un personaje para convertirse en un hombre guapo.

¿Cómo le crees? Me dice el Manuel, aprovechando que ella se fue al baño. Se sienta a un lado de mí y me recuerda que la Selene es de esas morras que usan los adjetivos con demasiada arbitrariedad. Trato de pensar en sus adjetivos y hago un recuento de los *bien chilo*, *súperchingon* y *curadísima*, utilizados en relación a discos, conciertos, películas y libros. El Manuel dice que no se refería a eso, que no hay que ser tan elitista porque... no acaba su oración, la Selene sale del baño y termina de abrocharse el pantalón frente a todos. Me molesta que Manuel abandone la conversación sin aviso alguno y que intente hacerle lugar entre nosotros. Los hombres son prototipos, pienso. De puro coraje me extiendo más en el sillón del Monchi para que no se siente ahí. ¿Y cómo le van a poner a su novela? *Y entonces vi al Aleph*, le contesta el Edgar sin dejar de observar cómo se acomoda la blusa. Está rarito, ¿no? ¿Se te hace?, le pregunta el Edgar. Yo le pondría...

La cerveza se acaba. La última se la tomó la Selene. Tocaya, ¿por qué no van tú y el Edgar por otro six? Ahora el problema no es que me diga tocaya sino que me mande por la cerveza para además quedarse solita con el Manuel. Si está bien claro, le gusta. Y van a ver que seguro el Manuel le sigue el rollo. Aquí cerquitas, en quel Wachito, nos ordena mientras vuelve a poner el *track* seis del disco *El Circo*, de La Maldita. Es mi favorita, dice, ocupando el lugar que he dejado libre al lado del Manuel.

**El expendio** de la modelo está sobre el periférico. Más allá se ve el Guau-Guau. En el camino, el Edgar me batea mi teoría, dice que el Aleph no anda con ninguna de las del *Table*, que no trabaja ahí sólo para cuidar a la morra con quien se va a casar cuando se gradúe como Abogado. Le insisto que mi teoría tiene su encanto. Me insiste que es jota y fresa como todo lo mío. En el expendio el Edgar se encuentra a unos camaradas. Los saluda. Yo me adelanto y veo al tipo tras la reja: Es el Wachito, no hay duda. Me recibe con el típico ¿qué va a llevar güerita? para luego agregar ¿con hielo o sin hielo? Mientras se ocupa en la cerveza, le pregunto si conoce al Aleph... Silencio. Claro que lo conoce. Desde hace un madral. Es un pendejo. Lo conoció en la prevocacional, la secundaria esa de la colonia Modelo. ¿En la prevo? Pregunta el Edgar que se ha acoplado. El Wachito le dice que simón. Pero ¿cómo en la prevo? Imposible si él no es de aquí es de Todosantos. ¿Todosantos? ¿A poco eso les dijo? Lo dicho: un pendejo y un mentiroso. El Aleph es un falso Aleph, sentencia. Pero, ¿entonces no es de Todosantos Baja California Sur a donde su mamá huyó buscando la paz, tranquilidad y el otro montón de cosas que un lugar con un nombre

como Todos Santos ofrecía? ¿y las maletas en las mejillas? ¿y las lágrimas de cada lado? ¿y los lloriqueos con las vecinas cuando a los dieciocho años el Aleph se quiso ir porque estaba harto de la paz, tranquilidad y el otro montón de cosas? ¿Y la escuela de leyes?

El Wachito responde mis preguntas con una dura realidad: Puro Pedo. Pago y jalo del brazo al Edgar. Caminamos al ático. Nunca habíamos estado tan callados.

**El sillón del Monchi** no es espacio suficiente para nuestra tristeza. Todosantos desaparece del mapa de nuestros deseos literarios y colectivos. El Manuel nos recuerda que, de cualquier modo, sólo hubiera resultado un texto fallido y vergonzoso para la Literatura. Especialmente con ese título. Todo es mentira. El Aleph es un falso Aleph. El Edgar suspira, se le nota agitadísimo. Pero la Selene no se queda quieta hasta que dice: pero pues lo del jujitsu debe ser cierto porque está bien bueno y muy alto. La miramos y dice que lo que no entiende es:

1. Dónde está su mamá
2. Por qué se la lleva tan mal con el Wachito
3. Por qué se pinta el cabello y
4. Por qué se llama como novela de Cortázar.

Basta, me digo. Dejo mi coca-cola en el piso, le quito la modelo de su mano. Sorbo grande. Aclaro la garganta. Me agarro de valor y le digo con mayúsculas, SELENE:

1. No importa.
2. Porque sí.
3. Porque sí.
4. El Aleph no es de Cortázar, sino de Borges,
5. El Aleph no es novela, es cuento,
6. La Maldita no es mejor grupo que Soda Stereo,
7. *El viejo y el mar* no es una novela *curadísima*, y
8. (y más importante). No-me-llamo-selene

Ella me mira con su asombro hasta los tobillos. Estoy segura de que el Edgar y el Manuel quieren decirme que la culpa no es de ella, pero se ríen. Vélos, no paran de reírse. Yo, termino riéndome también. La Selene no dice nada, solita pone *Comfort y música para volar*.

Rato de silencio.

Pero la Selene sigue sin quedarse quieta y dice, bueno, ¿y por qué le creen al Wachito? Qué tal que lo que pasa es que le tiene envidia al Aleph y lo que les dijo es nomás puro pedo. *Puro Pedo*, palabras proféticas. La Selene agarra vuelo y agrega: pero viéndolo bien, aún cuando sea cierto, ustedes son escritores, pueden inventar lo que sea. Que es de Todos Santos. O que no. Que el Wachito es su medio hermano. O un puto que quiere con él. Lo que sea.

Nos miramos los unos a los otros. Le hacemos un campito en el sillón del Monchi. El Manuel le pasa un bote. Yo le digo salud. Entonces el Edgar se lo suelta: ¿Qué te parece si escribimos un cuento a ocho manos? Así, abordar todos al mismo personaje, al Aleph, pero cada uno a su estilo. La Selene se emociona y dice, sí sí, pero hay que buscarle otro título, yo digo que hay que ponerle...

## AGRADECIMIENTO

*No son gente como uno* tiene una gran deuda con personas que me acompañaron en este recorrido de almas e historias. Gracias infinitas a Natalia Trejo, Lyla Durán, y Odeth Vázquez; a Lauro Paz, Manuel Llanes y a Miguel Rodríguez Lozano, todos ellos lectores y más que nada, amigos; también a Manuel Meza por su maravillosa portada.

Y, por supuesto, gracias a Juan Antonio, tu luz ilumina mis días, tardes, noches...